héroes del ESPACIO

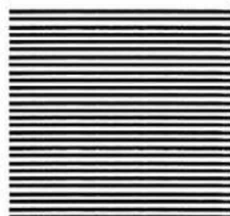
PESCANDO PLANETAS

NOVELAS ECSA

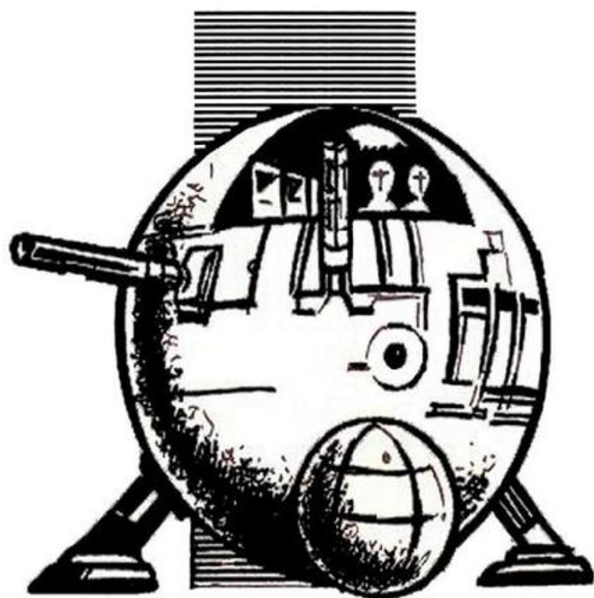
LUCKY MARTY



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS
EN ESTA COLECCION

120 — *El universo misterioso,* Rocco Sarto.
121 — *La cuarta pirámide,* Law Space.
122 — *Conflicto en Lhupara,* A. Thorkent.
123 — *...Y ella le avisó,* Lem Ryan.
124 — *Socios galácticos,* Ralph Barby.
125 — *Embajada de lo imposible,* Curtis Garland.
126 — *Enviados del cosmos,* Law Space.
127 — *La invasión de las esporas,* Elliot Dooley.
128 — *Cofradía de asesinos,* A. Thorkent.
129 — *Kirgon: conquistar la Tierra,* Adolf Quibus.
130 — *Aventureros del infinito,* Law Space.

LUCKY MARTY

Pescando planetas

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 131
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85026-56-7
Depósito legal: B. 30.068-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

Mientras vamos en pos de lo incierto, perdemos lo seguro.

PLAUTO

CAPITULO PRIMERO

La gigantesca astronave nodriza quedó estabilizada en el espacio, exactamente en el punto elegido a una distancia media entre las órbitas de Marte y Júpiter.

La Tierra quedaba muy lejana; a unos 428.000.000 de kilómetros.

Pero aquella nave nodriza no procedía de la Tierra, sino de Júpiter. El planeta mayor de todo el Sistema Solar, que posee un brillo aparente comparado con el de Venus y es acompañado por doce satélites naturales; dijéramos por doce hermosas «Lunas» que van, desde los 3,735 kilómetros de diámetro que posee IO y a una distancia de Júpiter de 422.000 kilómetros, a los insignificantes 13 kilómetros de diámetro de su Almatea XII, que dista una distancia de su planeta rey de 22.523.000 de kilómetros.

El gigantesco Júpiter ya estaba colonizado, como sus dos hermosos satélites naturales, que tiempo atrás habían servido como iniciales plataformas para que el hombre pusiera sus plantas creadoras en el planeta más grande de su Sistema Solar.

Se calculaba que pronto, si se superaban los problemas de la colonización de Júpiter, la raza humana podría ir más allá, en busca de la conquista de Saturno, Uranio, Neptuno y Plutón.

¿Y por qué no soñar con lanzarse al hiperespacio, más allá de los confines del Sistema Solar?

La técnica ultramoderna, por medio de la cibernética y otras muchas aplicaciones electrónicas como los microordenadores, en sus avances constantes estaba a punto de llegar a los conceptos matemáticos aplicados a un espacio abstracto, esto es, no perceptible por los sentidos humanos y que podía tener más de tres dimensiones.

Tarde o temprano, el camino hacia las estrellas debía quedar abierto.

Ese era el destino del hombre: el de la raza humana.

Si muchos cosmogonistas como Thomas Gold creen que sólo en nuestra galaxia, el número de planetas habitados asciende a mil millones, ¿por qué no intenta entrar en contacto con esas formas de vida?

El hombre no está solo en el Universo: eso sería, además de una soberbia, una miopía. En un Universo que no conoce límite alguno,

ni en el espacio ni en el tiempo, todo es posible

La ciencia es consciente de que, más allá de la metagalaxia, a la que pertenecen todos los sistemas galácticos que conocemos, necesariamente tienen que existir otros mundos

La metagalaxia consta de hipergalaxias, o sea de grupos de sistemas galácticos. Nuestro sistema galáctico cuenta con dos «satélites»: la gran nebulosa de Magallanes, distante de nosotros 38.000 parsek (1 parsek equivale a 3,26 año luz), y la pequeña nebulosa de Magallanes, a 36.000 parsek de distancia. La nebulosa de Andrómeda es un sistema compuesto de cinco galaxias. Por lo general, hay «puentes» de estrellas entre las galaxias que constituyen un grupo.

Por decirlo así, los grupos de galaxias están «enhebrados» en un eje formado por estrellas. Tales hipergalaxias pueden tener una magnitud increíblemente gigantesca: la constelación de Virgo consta de 3.000 galaxias; los cabellos de Berenice están formados por 10.000 galaxias. Las supergalaxias tienen tu diámetro de 30 a 40 megaparsek. No conocemos el número exacto de supergalaxias cuyo conjunto constituye la metagalaxia.

Y sin embargo, la metagalaxia es sólo una «pequeña» fracción del Universo infinito, de un universo que existe desde la eternidad y que existirá eternamente. Resulta fácil comprender que el espíritu humano haya de realizar grandes esfuerzos para entrever la gigantesca ordenación de un Universo tan grandioso, desconocido en su mayor parte; pero cuya parte conocida ya en sí nos resulta enormemente complicada.

Y no obstante, al igual que el Universo en el que vive, el espíritu del hombre es infinito. Siempre ansía llegar más allá.

Más allá incluso de las estrellas: de las galaxias, de las supergalaxias. ¡De la metagalaxia!

Sueña, desde su existencia, llegar hasta Dios…

Desde que el hombre alzó la vista hacia el Universo, se sintió fascinado por la grandiosidad de la bóveda celeste. Necesitó de muchos siglos y de instrumentos cada vez más delicados hasta que estuvo en situación de conocer la textura de su bóveda. La podía ver, pero era incapaz de averiguar su constitución; pues apenas cree el científico haber obtenido una certidumbre de la estructura del Cosmos, cuando una señal procedente del Universo echa por tierra de nuevo todas las teorías.

Sólo en las últimas décadas, después de un siglo del comienzo de la era espacial, el Cosmos que empezaba a conocer se le revelaba con grandes diferencias del Universo que hasta entonces había

conocido. La instalación de observatorios en satélites más allá de la órbita de Júpiter le hacía concebir grandes esperanzas.

De una forma general, empezaba a comprobar que el Universo no era gigantesco todo estacionario; antes bien, empezaban a creer que el Universo está sometido a una transformación continua.

Y si era así, ¿no podía el hombre, con sus poderosos medios, contribuir en parte a esa constante transformación?

Contando con la mecánica celeste, con las poderosas e inmutables fuerzas de la gravedad, ¿no podía el hombre trasladar a los planetas a las órbitas que le interesaran, para acercarlos o alejarlos al Sol?

La gravitación es la fuerza de atracción universal, en virtud de la cual, y según comprobó Newton, todos los cuerpos se atraen recíprocamente en razón directa de su masa y en razón inversa del cuadrado de las distancias. En su eterno rodar, la fuerza centrífuga de los astros es contrarrestada por la atracción, con lo cual así se mantienen en su órbita.

Naturalmente, todo se altera si se rompe este equilibro.

Si por un capricho de Dios Marte desapareciera sin duda alguna y en virtud de esas leyes inmutables, todo el Sistema Solar quedaría trastocado en su armonioso girar. Cada planeta buscaría al instante su nuevo equilibrio variando de órbita, aunque las formidables catástrofes que para algunos de ellos esto supondría son imprevisibles.

Pero, ¿y si realizados los cálculos con modernos y sofisticados cerebros electrónicos tales cambios resultaran previsibles? ¿Y si se puede llegar a calcular que desintegrándose el planeta Marte, con todos los 3.000 asteroides que le rodean Júpiter se acercara al Sol 500.000.000 de kilómetros?

¡Esto sería fantástico!

Los principales elementos del planeta Júpiter —tomando los correspondientes de la Tierra como unidad— son los siguientes: distancia mínima del Sol, 4,95; distancia máxima al Sol, 5,45; distancia media al Sol, 5,20; diámetro ecuatorial 11,14; volumen, 1.295; masa, 318; densidad. 0,25, intensidad de la gravedad, 2,53; luz y calor recibidos del Sol 0,037.

Se debe seguir calculando: distancia mínima a la Tierra: 584.000.000 de kilómetros; distancia media al Sol: 777.800.000 de kilómetros; período de traslación: 11 años, 314.839 días; velocidad orbital por segundo: 13 kilómetros; inclinación del ecuador respecto al plano de su órbita: 3º, 6’; excentricidad: 0,048; período de rotación: 9 horas, 55 minutos, 37 segundos; velocidad de

movimiento de rotación en el ecuador: 12,5 kilómetros por segundo.

En cuanto a su constitución física, ya se sabía que estaba formada por un núcleo sólido rodeado por capas de hielo amoniacal de gran espesor y de una densa y extensa atmósfera cuya parte superior, que constituye la superficie visible del planeta, se halla a la temperatura de unos 130° bajo cero, revelando el análisis espectral la presencia en ella de amoniaco, metano e hidrógeno.

Las simples observaciones telescópicas de Júpiter mostraban la presencia de toda una serie de fajas o bandas de color oscuro, de variados detalles y de una gran mancha de color rosado, como resultado de un conglomerado de hidrógeno sólido flotando en un océano de gases.

Ultimamente se había demostrado que estaba rodeado de una banda de radiación, como la Van Allen en la Tierra, pero mucho más intensa. Este hecho tan significativo era lo que permitía la vida del hombre. Allí, naturalmente en unas condiciones que sólo mediante la técnica más moderna se podía soportar.

Pero pronto las condiciones más adversas cambiarían. Pronto el planeta Júpiter se convertiría en un paraíso.

Pronto se podría vivir allí como en la misma Tierra.

Gracias al ingenio —¡y a la ambición de los hombres! — Júpiter cambiaría de órbita; una vez se acercase 500.000.000 de kilómetros más al Sol, el planeta gigante sería el más óptimo y más adecuado de todo el Sistema Solar.

Para eso estaba allí la gigantesca astronave nodriza...

CAPITULO II

Efectuados los cálculos, comprobados por todos sus ayudantes y después sometidos al delicado sensor de seguridad, coronel Richard Malko conectó la pantalla del visófono y su voz se hizo audible por el intercomunicador:

—¡Atención! ¡Atención! Las naves del uno al cinco listas para despegar.

En los hangares metálicos de la nave nodriza las compuertas se abrieron; cinco astronaves iban a ser lanzadas al exterior para que por ellas mismas acortaran la distancia que les separaban de los asteroides.

Cada uno de aquellos cinco astronautas conocía su misión específica. Previamente habían sido entrenador y sometidos al estudio de los muchos misterios que aún no han sido aclarados en el Sistema Solar.

Parece ser que en la región de las galaxias que ocupamos moraba en otro tiempo una estrella gigantesca, que irradiaba luz sobre un cielo sin planetas: ese astro solitario explotó y con sus despojos se formó nuestro sistema. Según estas teorías el Sol pertenece a una segunda generación de estrellas, y los elementos existentes en la Tierra y los otros planetas se hallaron un día en el corazón de aquel remoto pasado.

Ultimamente, ciertos astrónomos sostenían que al menos un planeta de los nuestros sufrió, posteriormente, una catástrofe semejante. Cuando el insigne Bode estableció la ley de las distancias planetarias, señaló que ente Marte y Júpiter había un vacío sospechoso. Algo que no se explicaba muy bien.

Pronto se descubrió que el vacío en cuestión estaba lleno a rebosar de rocas vagabundas. Quizá eran los restos de un planeta que estalló y se descompuso en tales fragmentos. Algunos de estos trozos fueron «capturados» por Júpiter o Marte y transformados en sus satélites. Los demás conservaron su mezquina independencia y siguieron girando y girando en torno al Sol, como el padre de la horda antes de su desplazamiento.

Se les conoce como asteroides o pequeños planetas, y tienen formas y tamaños muy diversos. El más grande, Ceres es dieciséis

veces más pequeño que la Tierra, y se habían últimamente detectado unos 3.000 pedruscos de no más de dos kilómetros de diámetro.

Los primeros de la larga lista, es costumbre en la Astronomía desde los lejanos tiempos de Aristarco, recibieron nombres mitológicos —Palas, Juno, Veta, Dánae—, pero a medida que su número crecía, los descubridores tuvieron que recurrir a otro nombres: así fueron apareciendo Frida, Ulrike, Victoria y Alexandra. Al que hacía ya el número 804 se le puso Hispania, así como Alfonsina al número 925, en honor de Alfonso XII, rey de España.

¿Pero quién era capaz de recordar nada menos que tres mil nombres?

Era mejor numerarlos y así se hizo.

Y el joven astronauta Jack Lage sabía que a él le tocaba desintegrar, por medio de sus poderosos proyectiles atómicos los asteroides 2.997, 2.998 y 2.999.

El que hacía el número 3.000, el más pequeño, desaparecidos los otros más próximos a él, o se desintegraría también por sí solo o se perdería en el espacio, libre de las fuerzas gravitatorias de sus compañeros.

Pero, ¿y para qué la estudiada y sistemática desintegración de tales asteroides? ¿Por qué se deseaba su desaparición, convirtiéndoles en polvo cósmico? ¿A quién estorbaban?

Estorbaban a cierto círculo de científicos, empeñados en convertir al planeta Júpiter en el centro de reunión de toda la raza humana, variando su órbita en unos 500.000.000 de enómetros, aunque para ello tuviesen que trastocar las leyes de gravitación, desintegrando a miles y miles de asteroides, e incluso a Marte.

Si lo conseguían, muchos de los inconvenientes de Júpiter variarían. Empezando por su frío clima que se haría más benigno al acercarse al Sol, con las consiguientes e importantes conclusiones que transformarían al planeta gigante en un auténtico paraíso terrenal.

¿Y en la Tierra?

El Gobierno Central Interplanetario, ¿consentía en tales modificaciones de las leyes de gravitación? ¿Permitía que una solución así, de tanta importancia y que podía acarrear muchísimas consecuencias, se llevase a término?

Por lo que respecta al joven astronauta Jack Lage y sus cuatro compañeros que se disponían a entrar en acción, ignoraban las decisiones del Gobierno Central Interplanetario. Particularmente, ellos llevaban años sin entrar en contacto directo con la lejana

Tierra. Habían sido destinados a Júpiter en unión de otros muchos y tenían que limitarse a cumplir las órdenes de los regidores de aquel planeta.

De cualquier manera, llevado por su temperamento rebelde e independiente, cuando Jack Lage quedó ante los mandos de su astronave, antes de iniciarse la cuenta atrás para el despegue desde la gigantesca nave nodriza, manifestó a su copiloto:

—No me gusta esto, Gordon.

—¿A qué te refieres, Jack?

—A lo que vamos a hacer.

El rubio Gordon Muriel sonrió divertido al comentar: No me digas que te disgusta disparar cargas atómicas contra unos pedruscos que flotan en el espacio.

—Esos «pedruscos», como tú los llamas, están ahí cumpliendo una función.

—No entiendo de eso, Jack.

—¡Pues yo sí!

—|Ya sé! Estudiaste para astrofísico, aunque no pudiste terminar la carrera. ¿Y eso qué, amigo?

—Pues que aprendí lo suficiente como para saber que, todo cuerpo celeste que flota en el espacio cumple un cometido específico. Si se le destruye o hace variar… ¡las consecuencias pueden ser imprevisibles!

—No temas, Jack: ellos ya lo han calculado todo.

—¿Y si se han equivocado en sus cálculos, Gordon?

—¿Sabios científicos como ellos? No lo creas, hombre. Cuentan con todos los medios, y si han tomado una decisión así, será para beneficio de todos.

—¿Te has preguntado si también para beneficio de los que siguen viviendo en Marte o en la Tierra?

—¡Hombre! Calculo que también. ¿No crees, Jack?

—No, Gordon, no. ¡Tengo mis dudas!

El comandante de aquella astronave no pudo contestar. La cuenta atrás había empezado y, tanto Jack Lage como el resto de la tripulación, debían estar bien atentos a lo que tenían que hacer.

¡NUEVE!… ¡OCHO!… ¡SIETE!… ¡SEIS!… ¡CINCO!… ¡CUATRO!…

En las otras cuatro astronaves también se estaban preparando:

¡TRES!… ¡DOS!… ¡UNO!

A su vez, los quinientos tripulantes de la gigantesca nave nodriza permanecían en sus puestos: desde el coronel Richard Malko hasta el último mecánico.

¡CERO!

Las cinco astronaves salieron propulsadas por sus motores atómicos como si fueran cohetes, alejándose casi con velocidad lumínica de su base. La inicial estela que dejaban se perdió en la negrura sin fondo del espacio, cada una de ellas dirigidas a un objetivo preciso.

Jack Lage sabía que no podía fallar. Previamente realizados los cálculos por los cerebros electrónicos, que a su vez eran controlados por otros mecanismos más sensibles que no admitían ningún error, su nave marcharía directamente a los asteroides cuya numeración correspondía al 2.997, al 2.998 y al 2.999.

A su vez, el velocímetro calcularía la distancia a recorrer, hasta que otro mecanismo entrase en juego para fijar la puntería. Para entonces, en la pantalla del radar ya entraría el objetivo a abatir y en el instante en que se encendiese una luz roja él sólo tendría que presionar el disparador.

Tres proyectiles con carga nuclear y teledirigidos por radar se ocuparían del resto.

Prácticamente, vivían en unos tiempos en los que el hombre tan sólo tenía que controlar los mecanismos. La depurada técnica lo hacía todo.

En cierta ocasión, a un amigo suyo, y cuando él aún estaba en la Tierra, una computadora le eligió su pareja idónea. Antes de tres meses, su amigo y aquella mujer se habían divorciado.

Desde entonces, Jack Lage no lo fiaba todo a la fría técnica. Era de los que creía que la raza humana se estaba deshumanizando y en cierta ocasión le había reprochado a uno de sus profesores:

—La ciencia que sirve para hacernos orgullosos y que degenera en pedantería no vale más que para deshonrarnos, señor Curtis.

Naturalmente, a la hora de los exámenes el profesor Curtis le había puesto un cero como una catedral de grande. El rebelde Jack Lage no se había desanimado y, contrariamente a eso, nada más encontrarse con su catedrático le soltó:

—La ciencia que se aparta de la justicia, más que ciencia debe llamarse astucia, profesor.

Tales contestaciones, junto a ciertas actitudes individualistas, a Jack Lage le costaron no poder terminar su carrera de astrofísico. Pero sí superó las pruebas para ser astronauta y, aunque detestaba la disciplina rígida, terminó realizando vuelos interplanetarios a Marte y a Júpiter por cuenta del ejército.

En uno de estos viajes el coronel Richard Malko le había retenido, informándole que ya no regresaría a la Tierra. Ni él, ni ninguna de las naves interplanetarias que efectuaban los viajes

regulares.

Quisieron conocer los motivos, pero el coronel Richard Malko se había limitado a decirles:

—Desde ahora, todos ustedes quedan destinados aquí. ¡Prestarán sus servicios en Júpiter!

Fue preciso obedecer, pero a Jack Lage no le gustó. Como otros muchos científicos, especialistas y astronautas, él estaba de acuerdo en contribuir con su esfuerzo a la conquista de todos los planetas del Sistema Solar; pero amaba a la Tierra, se sentía muy bien en el viejo planeta y no cambiaba ni uno solo de sus paisajes, ni una de sus playas, ni el pueblecito más insignificante, por todo el ingenioso despliegue que la ciencia y la técnica se veían obligadas a utilizar para hacer posible la vida en los otros planetas que se empezaban a colonizar.

Para un hombre del temperamento soñador como Jack Lage, una simple puesta de sol en California, en Australia o en el rincón más apartado de la Tierra, significaba mucho más que todos los espacios siderales.

Esta marcada inclinación por el viejo planeta en el que había nacido le hacía sentir una profunda añoranza cada vez que sus obligaciones de astronauta le llevaban a millones y millones de kilómetros de la Tierra. En cierta ocasión en que viajó a un satélite artificial situado como estación espacial entre las órbitas de Marte y Júpiter, le ofrecieron un ascenso inmediato si se quedaba allí. Jack Lage rechazó tal posibilidad manifestando:

—Muchas gracias, pero prefiero seguir en el puesto que ocupo.

—¿Pese al ascenso y una mejor paga?

Sí, señor: así, al menos de vez en cuando regreso. Debo tener alma de campesino, puesto que me gusta tanto la Tierra.

Por desgracia, tiempo después, el rígido y autoritario coronel Richard Malko había decidido que se quedase en Júpiter. Y ahora, como jefe de aquellas cinco astronaves, le enviaba a destruir los asteroides, los pequeños planetas entre las órbitas de Marte y Júpiter, para que el planeta gigante pudiese ocupar un sitio más idóneo en el espacio.

Jack Lage era de los que opinaba que todo aquello era una locura. Para él, venía como significar enmendarle la plana al Universo.

A Dios mismo!

El hombre, en sus afanes, no debía atreverse a ir tan lejos.

Intentar cambiar las eternas leyes de la gravitación era modificar la mecánica celeste; era cambiar, por el capricho del hombre, la

armonía universal.

Y aun admitiendo que Júpiter mejoraría mucho, tanto en su frío clima como en otras muchas cosas, ¿se habían previsto bien y hasta las últimas consecuencias todas las posibles catástrofes que tal cambio de órbita podría significar?

¿Se habían realizado bien, hasta la saciedad, todos los cálculos?

En cualquier caso, la última duda de Jack Lage se centraba en otra pregunta:

«¿Qué saben de estos gigantescos planes en la Tierra?»

Que él supiera, Júpiter llevaba varios años sin comunicación directa con el Gobierno Central Interplanetario. Debido a la enorme distancia, que en ciertas fases superaba los 600.000.000 de kilómetros, las comunicaciones directas entre la Tierra y el último planeta conquistado nunca habían funcionado bien del todo. Generalmente se habían logrado establecer solamente con alguno de sus doce satélites naturales, tal como IO, Europa, Ganímedes, Calisto y Amaltea V: pero incluso las «Lunas» de Júpiter más lejanas al planeta, tales como Amaltea VI, Amaltea VII, Amaltea VIII y el resto como el mismo Júpiter, se habían tenido que servir por medio de las estaciones de radio instaladas en los satélites nombrados.

En su veloz marcha, casi lumínica, hacia los asteroides, el comandante Jack Lage no dejaba de pensar en todo esto. Sus dudas seguían y el tiempo no dejaba de correr. Algo le decía en su interior que se estaba poniendo en juego la existencia de miles de millones de seres humanos.

No podía evitar sentirse pesimista. Era como si un sexto sentido le avisara de que todo debía detenerse. Hasta aquellos instantes críticos, en los que podía estar en juego la suerte de la humanidad, él mismo había colaborado, en la medida de su entendimiento y fuerzas, con aquellos proyectos.

Pero ahora, llegada la hora de ponerlos en práctica...

Junto a él, su ayudante y amigo Gordon Muriel no dejó de notar:

—¿Qué te pasa, Jack?

—Nada... Nada, Gordon.

—¿Cómo que nada? Te veo tenso, nervioso. ¡Como indeciso!

—Es que lo estoy, Gordon. ¡No lo puedo evitar!

—¡Bobadas, hombre! Descargaremos nuestros «pepinos» atómicos... ¡y a la nave nodriza otra vez!

Pero de pronto, amortiguando la aceleración, el comandante Jack Lage se sorprendió a sí mismo al decidir:

—¡No, Gordon! ¡No lo haremos!

El perplejo Gordon Muriel sólo acertó a exclamar, fijando las

pupilas en el compañero:

—¿Estás loco, Jack? ¡Hemos recibido órdenes concretas!

—¡Pues no las cumpliré!

Y accionando los mandos, Jack Lage hizo que su poderosa astronave quedase estabilizada en el espacio.

CAPITULO III

Las otras cuatro astronaves les rebasaron a velocidad de vértigo. Marchaban directamente a sus respectivos objetivos, pero Jack Lage conectó la radio y se puso a ordenar: ¡Atención! ¡Atención! ¡Les habla el comandante Jack Lage!

En las respectivas pantallas de televisión aparecieron los rostros de los otros cuatro astronautas. Pero fue la voz de Peter Roundy la que primero llegó, interesándose:

—¿Qué pasa, mi comandante? ¿Por qué se han quedado atrás?

Consciente de que a su vez también era observado, Jack Lage aclaró:

—Misión interrumpida, Peter. ¡Regresamos a la nave nodriza!

¿Có... cómo ha dicho, mi comandante?

—Me ha oído perfectamente, capitán.

Sí, señor: le he oído, pero no voy a obedecerle. ¡El coronel Malko nos dio órdenes bien estrictas!

Antes de que pudiese replicar, el comandante de la escuadrilla observó los rostros de los otros tres astronautas reflejados en las pantallas. Ni Bob Cross, ni Bemard Dayle, ni el mismo Kem Sordy parecían tampoco muy satisfechos. Y secundando a Peter Roundy, el primero manifestó:

—Me uno a Peter, comandante. ¡Nosotros también cumpliremos la misión!

Firme en la decisión que había tomado, Jack Lage insistió:

—¡Es una orden, Bob! ¿Vas a desobedecerme ahora, muchacho?

—Lo siento, pero nosotros también nos unimos a ellos —anunció la voz de Bemard Dayle.

—¡Y nosotros! —anunció la voz de Kem Sordy.

Tras un breve intercambio de miradas con su ayudante Gordon Muriel, el comandante de la escuadrilla les anunció, la voz más calmada:

—Escuchadme bien, amigos, ¡debéis detener la marcha!

—No insista, comandante. Ya ha oído nuestra decisión.

—¡Maldita sea! Sólo se trata de una demora. ¡Tengo que aclarar varias cosas con el coronel Malko!

Una quinta pantalla se iluminó: era la que correspondía a las

comunicaciones directas con la nave nodriza, y el rostro enérgico y adusto del mismo coronel Richard Malko apareció allí, interesándose:

—¿Qué diablos ocurre, comandante Lage? Estamos escuchando su conversación con el resto de su escuadrilla. El radar nos indica que su posición no es la debida. ¿Por qué se han retrasado?

—Detuve la marcha, coronel.

—¿Por qué?

La pregunta había sido tajante y el rostro del coronel Richard Malko no resultaba precisamente ni amable ni amistoso. Y su boca casi se desencajó al ordenar:

—¡Únanse inmediatamente a los otros y cumplan la misión! ¿O es que cree que esto es un juego de niños?

—Precisamente por no serlo, antes quiero hablar con usted, coronel Malko.

—¿De qué? ¿Sobre qué, comandante Lage? —volvió a bramar el jefe supremo de la nave nodriza.

—Es... es muy importante para tratarlo así, señor.

—Me está cansando, Lage. ¡Nunca debí confiarle el mando de la primera escuadrilla!

—Se lo ruego, coronel. ¡Debe escucharme!

—¡Y usted a mí! Le doy cinco minutos para que reflexionen. O se unen al resto de la escuadrilla y cumplen la misión... ¡o queda relevado del mando, comandante Lage!

Inesperadamente, saliendo de su mutismo y situándose para que el jefe de la nave nodriza pudiera verle en su pantalla, el joven teniente Gordon Muriel decidió a su vez:

—Lo siento, coronel. No me haré cargo de esta astronave.

—¿Cómo se atreve, teniente?

—Yo sólo cumplo órdenes del comandante Lage.

—¿Están los dos locos? ¿A qué diablos se debe esta insubordinación?

—Es lo que intento explicarle, coronel. Ordene el regreso.

Jack Lage tuvo que interrumpirse. Sus coléricos gestos en la pantalla y la voz irritada del coronel le atajó:

—¡Ya basta! ¿Y sabe lo que voy a ordenar, maldito cobarde? ¡Ni usted ni nadie podrá detener esta misión! Es mucho lo que se juega en Júpiter y no voy a consentir que por unos malditos irresolutos...

Se interrumpió bruscamente, pero fue para el instante ordenar a los otros cuatro jefes de astronaves:

—¡Aniquílenlos...! ¡Y ahora! ¡Ahora mismo! ¡Entre los cuatro lo podrán conseguir!

Cuatro de las pantallas se apagaron al instante, cortando así la comunicación. Sólo siguió encendida la que pertenecía a la astronave del teniente Kem Sordi, pero que a su vez anunció, aunque con el rosto apenado:

—Lo... lo siento, Jack. Y por ti también, Gordon. ¡Pero tendremos que hacerlo!

—¡Un momento, Kem! ¿Vais a luchar contra nosotros?

Ya oíste al coronel.

—¡Pero es absurdo! Yo sólo pretendo una demora. Puede ser muy importante lo que está en juego y...

—Precisamente por ser importante, amigos. ¡Lo siento!

Aquella pantalla también se apagó y, por más que lo intentaron desesperadamente, nadie más volvió a entrar en comunicación con ellos.

—¡Maldita sea! O no nos reciben o ha habido alguna avería.

—No, Jack, no. ¡No quieren recibirnos!

—¿Insinúas que...?

—Sí, Jack. ¡Los cuatro se lanzarán como lobos sobre nosotros!

Sólo pensarlo resultaba acongojante, trágico, en cierta forma hasta absurdo. Al perplejo Jack Lage no le podía entrar en la cabeza que los componentes de su propia escuadrilla dieran la vuelta para lanzarse sobre ellos mismos y aniquilarlos.

¡Atomizarlos!

Era consciente de que, además de él y su joven ayudante Gordon Muriel, en su astronave estaban destinadas dieciocho personas más: la joven doctora Nori Dawison y dos mujeres más encargadas de la enfermería, y los quince tripulantes encargados del perfecto funcionamiento de la astronave.

Y los veinte iban a morir, por la decisión que él había tomado.

Por un instante, Jack Lage se sintió abrumado por aquella responsabilidad. Le costaba trabajo concebir que la sentencia del coronel Richard Malko resultase inapelable y, una vez más, nerviosamente intentó entrar en comunicación con la nave nodriza.

Dejó de manipular los mandos del intercomunicador, cuando la voz amistosa de Gordon Muriel opinó:

—Será inútil, Jack. No te esfuerces más.

—¡No voy a permitir que nos fulminen esos locos! Una de las manos del teniente se alzó, al indicar con el dedo índice:

Pues mira al radar... ¡Ya se acercan hacia nosotros!

—¡Y a toda velocidad!

—Sólo nos queda una posibilidad, Jack.

Entendiéndole perfectamente, el jefe de la astronave denegó:

—No, Gordon, no. ¡No vamos a luchar contra ellos!

—¿Entonces qué? ¡Nos atomizarán!

Prefiero ser víctima a verdugo. ¿Te olvidas que en cada una de esas astronaves van veinte personas?

¡De acuerdo! Ellos son ochenta... ¡Pero nosotros veinte y estamos aquí, sin escapatoria posible!

—Quizá sólo sea una amenaza del coronel. Creo que se detendrán y, en todo caso, nos llevarán ante él y nos juzgarán.

No seas optimista. ¡Richard Malko es un loco fanático!

—Pero no un asesino, Gordon.

Te equivocas, Jack. ¡Nada le detendrá en cumplir esa misión!

—Te repito que sólo intento demorarla. Antes tienen que saberlo en la Tierra y...

Se interrumpió: el zumbido llenó la cabina anunciando la alarma.

El aviso se había disparado por sí solo electrónicamente, alarmando al resto de la tripulación. Los sensibles sensores les estaban anunciando que cuatro cuerpos sólidos y metálicos habían entrado en la distancia en la que era preciso maniobrar con toda rapidez.

Veloz como el rayo, una vez más Jack Lage se lanzó sobre el intercomunicador anunciando:

—¡Aquí el comandante Lage! ¡Llamando a escuadrilla! ¡Identifíquense, por favor!

No hubo respuesta y el silencio angustioso quedó roto dentro de la cabina de mandos por la voz alarmada de Gordon Muriel que anunció, señalando al radar:

—Mira, Jack, se nos van a echar encima.

Sólo se percibía el ruido de los motores atómicos; más que ruido era una vibración constante, apenas perceptible, pero que se agigantaba cuando todo el mundo guardaba silencio.

—¡Gira, Jack! ¡En diez segundos estarán sobre nosotros! —volvió a advertir Gordon Muriel.

Jack Lage accionó velozmente los mandos, obligando a la astronave a efectuar un giro completo en el espacio como una dócil golondrina. Las cien mil toneladas de duro acero plastificado hurtaron de milagro el impacto de los proyectiles atómicos, que pasaron como meteoritos por el lugar donde una fracción de segundo antes había estado la astronave.

Los cuatro proyectiles estallaron al estar graduado, para tal distancia y dirección, con el refulgio de mil soles que hubiesen explotado a la vez.

La astronave pilotada por Jack Lage vibró en cada una de sus estructuras, como si fuese, a desguazarse; pero, tras las sacudidas, continuó su vertiginosa marcha. El giro que la mano firme y experta que su comandante le imprimió, la obligó a dar una vuelta completa, para quedar situada a la retaguardia de sus atacantes, que habían seguido su vertiginosa marcha.

Y entonces, Jack Lage ya no vaciló más y ordenó a su copiloto:

—¡Fuego, Gordon!

—¿De... de veras, Jack?

—¡Sí, sí! ¡O ellos, o nosotros! No podemos elegir.

Afortunadamente, en tales circunstancias al hombre prácticamente no le queda tiempo para pensar, para reflexionar. De haberlo hecho, Gordon Muriel habría sentido su mano temblar al pulsar aquellos botones rojos que, de ser certeros los disparos, causarían la inexorable muerte de unas ochenta personas.

Ochenta seres humanos, a los cuales habían conocido y tratado.

—¡Orden cumplida, mi comandante! —se limitó a decir Gordon.

El cuádruple estallido que les llegó desde el exterior parecía capaz de conmover la eterna paz de las estrellas. Nuevamente, mil soles explotaron a la vez y, al poco, tras parecer que todos los instrumentos se habían vuelto locos, sobre la pantalla del radar ya no aparecían los cuatro puntos.

Jack Lage sudaba copiosamente, pese al aire automáticamente climatizado que, por sí solo, se regulaba con acuerdo a las alteraciones de la temperatura que necesitaban sus tripulantes. A su vez, Gordon Muriel por un instante quedó con los ojos cerrados, para exclamar al abrirlos:

—Un segundo para destruir una civilización... ¡y miles de siglos para crearla! ¿Recuerdas, Jack?

—Sí, Gordon... Es del poema de Edmund More, el pacifista que vivió hace dos siglos, cuando Estados Unidos, Rusia y China estuvieron a punto de desintegrar la Tierra.

Al volver la cabeza vio a su joven copiloto ocultar el rostro sudoroso entre las manos. Alargó una de las suyas para posarlas sobre las del amigo, al decir:

—Fue preciso, Gordon. ¡Ellos los intentaron hacer con nosotros!

—Cierto, Jack... ¡Muy cierto! Pero yo, con estas manos... ¡les he desintegrado a ellos! ¿Comprendes?

Ellos no atacaron. ¡Teníamos que defendernos!

Ya lo sé y lo comprendo... ¡Pero no deja de ser horrible!

Olvídalo, Gordon. ¡Es inútil atormentarse!

—De acuerdo, Jack: olvidado. Pero ahora... ¿Ahora qué?

El comandante de la astronave necesitó tiempo para reflexionar. Y cuando contestó dijo:

—Eso depende...

—¿Depende de qué, Jack?

—De cómo reaccione el coronel Malko.

—Puedes suponerlo. ¡Se lanzará sobre nosotros!

—Se lo pensará dos veces: la nave nodriza es cien veces mayor que la nuestra, pero por lo mismo menos rápida y' más pesada. No tiene nuestra maniobrabilidad y en caso de lucha...

—¿Olvidas que dispone de lanzamisiles de largo alcance?

—Es un riesgo que tendremos que correr, Gordon. Como dije antes, ya es inútil atormentarse.

—¿Vas a comunicárselo?

—Hay que hacerlo, amigo.

No fue necesario: los circuitos de intercomunicación seguían abiertos y la pantalla que correspondía a la nave nodriza empezó a iluminarse. Cuando el rostro colérico y congestionado del coronel Richard Malko quedó fijo allí, su voz áspera les llegó anunciándoles:

—Prepárense, locos. ¡Van a celebrar su «hazaña» en el infierno!

—Tranquilícese, coronel. Nos atacaron y tuvimos que defendernos.

—Esta vez no tendrán tanta suerte. ¡La doy mi palabra, Lage!

La pantalla se apagó y Jack Lage buscó la mirada de Gordon Muriel que al fin opinó, tras leve movimiento de hombros:

—Bien: ya lo sabemos, amigo. O terminamos esto de una vez... ¡o terminan con nosotros!

—Transmite la alarma a la tripulación.

—¿Cuánto tiempo crees que nos quedará?

—No sé... Menos de tres horas, calculando donde quedó la nave nodriza esperándonos.

—Ten en cuenta que ellos acortarán la distancia. ¡Vendrán a buscarnos!

—Por desgracia lo harán. ¡Ya no hay dudas!

CAPITULO IV

Prudentemente, cuando el comandante de la astronave entró en la enfermería, las dos ayudantes de la joven doctora Nori Dawison saludaron con la sonrisa en los labios y un leve movimiento de cabeza, saliendo de allí.

Jack Lage fue a acercarse a la mujer, pero algo en el gesto de Nori Dawison le detuvo. Y su voz no sonó precisamente amable al preguntarle con reproche:

—¿Qué hiciste, Jack? ¡Nos has sentenciado a todos!

Bastante abrumado, Jack Lage consiguió argumentar:

—Nos obligaron, Nori. ¡Ellos dispararon antes contra nosotros!

—Pero por tu culpa —siguió acusándole—. jDecidiste cancelar la misión!

—Sólo le pedí una demora al coronel Malko.

—¿Y quién eres tú para solicitar una cosa así?

Jack Lage nuevamente tardó en responder; pero cuando lo hizo manifestó con firmeza:

—Un hombre, Nori, simplemente un hombre. Pero con el suficiente sentido de responsabilidad como para no querer asumir una responsabilidad tan enorme.

—Eso es orgullo, Jack.

—¿Orgullo? —repitió él, casi como un eco.

—¡Lo es! Tú no terminaste tu carrera de astrofísico y quieres imponer tus opiniones a las de un grupo de científicos que saben muy bien lo que se hacen.

—¿Sabes bien lo que pretenden hacer, Nori?

—Mejorar las condiciones de Júpiter. ¡Hacer de ese planeta el mejor situado de todo el Sistema Solar!

—¡A costa de los otros!

—Esa es una opinión tuya, Jack. Sólo se trata de atomizar a esos pequeños asteroides, de que nada sirven.

—Sirven para mantener a Marte en su órbita. ¡Y posiblemente también a la Tierra!

—Eso lo dices tú. Ellos habrán hecho bien los cálculos.

—¡Por supuesto! Pero me temo que sólo para variar la órbita de Júpiter.

—¿A quién pretendes acusar, Jack?
—Pues ya que lo preguntas, por primera vez voy a decirlo, Nori.
—¿Por primera vez? —le tocó a la mujer repetir.
—Sí. Siempre he tenido estos recelos, pero ni al mismo Gordon se los confesé abiertamente.
—Y, por supuesto, a mí tampoco, Jack.
—No quería alarmarte —se excusó—. Ni a Gordon tampoco. Pero últimamente me puse a observar y, por ciertos detalles...
—Habla de una vez, Jack. ¿A qué te refieres?
—A que en Júpiter y sus doce satélites naturales, desde hace tiempo, los del Comité Ejecutivo hacen y deshacen a su antojo.
—Alguien tiene que tener el mando. ¡Es natural!
—No tanto. ¿Olvidas que llevamos más de tres años sin contacto directo con la Tierra?
—¿Y eso te hace recelar? Son problemas técnicos. Averías que tardan en...
—He llegado a la conclusión que el Gobierno Central Interplanetario nada sabe de ese descabellado proyecto.
—¿Descabellado? Las condiciones de vida en Júpiter mejorarán muchísimo. ¡Podremos disfrutar de un clima casi tropical! ¿Puedes figurarte todo lo que significa eso?
—¿Y tú, Nori? ¿Puedes figurarte lo que puede significar para los otros planetas?
—No quiero discutir más, Jack. Ni yo, ¡ni tú! somos nadie para enfrentarnos a científicos que saben mucho más que nosotros.
—No les discuto su ciencia, sino sus decisiones.
—Viene a ser lo mismo. Y tú tomaste la tuya, enfrentándonos... ¡asesinando a los de las otras astronaves!
—¿Asesinándoles, Nori? —quiso concretar el hombre, en el colmo de su dolor y desesperación.
—Han muerto todos, ¿no, Jack?
—¡Tú, yo y todos nosotros ahora estaríamos muertos, de no haber ordenado a Gordon que disparase!
—¡De acuerdo, Jack! Pero ¿y ahora? ¿Crees que el coronel Malko te lo perdonará? ¿No nos has sentenciado también a todos nosotros a muerte?
Tras breve pausa, el abrumado Jack Lage reprochó:
—Es muy fuerte lo que dices, Nori.
—¡Pero es la verdad!
—Vine aquí en busca de tu comprensión y cariño, Nori. Me sentí muy triste y pensé que los dos...
—Los dos ya no tenemos futuro, Jack. ¡Y por tu culpa!

Con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, Jack Lage se esforzó para intentar comprender la actitud de la mujer que amaba. Nadie deseaba la muerte y mucho menos una mujer como Nori Dawison, llena de juventud, belleza y vida.

Y ahora…

—Lo siento, Nori. Obré como me dictó mi conciencia.

—Por favor, Jack; no hables de conciencia. La tuya debe estar muy abrumada por lo que hiciste. ¡Y por lo que ahora tendrán que hacer! Cierto: estoy abrumado. Pero si el coronel Malko sigue sin querer oírme… ¡lo haré!

—¿Y todos los demás? ¿Nada contamos para ti?

—Sabes que eso no es cierto, Nori; tú misma, para mí representas lo más amado y querido, y yo…

—¡Pero lo olvidaste! —volvió a reprochar ella —. ¡Ahora todos estamos ligados a tu suerte!

—Soy el responsable de esta astronave —intentó débilmente defenderse él.

—¡Pero no el dueño de nuestras vidas, Jack! ¡Y yo me niego a morir!

¿Qué podía decirle? ¿Qué más argumentos podía emplear? Estaba más que claro que, tras la decisión tomada, Nori se despegaba de él. Incluso le había acusado de «asesino» y seguir la conversación sería agravar más las cosas.

Buscó la salida de la enfermería y, sólo al llegar a la puerta, quedamente musitó:

—Lo siento, Nori. Fui un ingenuo al pensar que seguirías estando de acuerdo conmigo.

—Sí, Jack, lo fuiste. No te amo tanto hasta el extremo de morir feliz y contenta abrazada a ti.

No quiso oír más y salió: tenía más que suficiente con lo que Nori Dawson había dicho.

* * *

Nada más regresar a la cabina de mandos, su saludo fue:

—¿Cómo va eso, Gordon?

—Fíjate bien en la pantalla, Jack. Cálculo que antes de una hora.

—Sí. Antes de una hora.

—He vuelto a intentar comunicar con la nave nodriza.

—¿Y qué?

—El coronel Malko ha debido dar órdenes de que nadie nos conteste.

—Entonces… ¡la suerte está echada, chico!

—Sí, Jack.

Intentaban no mirarse directamente a los ojos, pero al fin el joven teniente lo hizo y preguntó a su comandante:

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido con tu bonita doctora?

—¡Mal! Me temo que Nori y yo hemos terminado.

—¡Caray! ¿Tan fuerte fue la disputa?

—¡Me ha llamado asesino!

Gordon Muriel también guardó silencio, hasta que aconsejó:

—Perdónala: debe tener miedo. ¡Mucho miedo a morir!

—Sí, la comprendo, Gordon; al fin de cuentas, el miedo es él más ignorante, el más injusto y el más cruel de todos los consejeros.

—Es cierto, Jack; pero cuando a uno le quedan pocos minutos de vida...

—¿Te asusta a ti la muerte, Gordon?

—Hombre, te diré... No quiero morir, aunque en realidad el estar muerto me parece indiferente.

—Eso es una de tus salidas.

—Ya sabes que soy algo cínico. Y a ti, Jack, ¿te importa morir?

—Sí, mucho, ¡me importa mucho! Pero me animo pensando que es hermoso morir luchando por algo noble.

—¿Y crees que es lo que vamos a hacer, amigo?

—Lo creo. Por eso he tomado esta decisión.

—¡De acuerdo, Jack! Estoy contigo; pero me vas a permitir que te haga una pregunta.

—Tú dirás, Gordon. Supongamos que también vencemos al coronel Malko

—Pues...

—He dicho tan sólo que lo vamos a suponer. También desintegramos a la nave nodriza... ¡y a sus quinientos tripulantes! —recordó Gordon Muriel con énfasis —. ¿Y entonces qué?

Jack Lage seguía pensativo y su ayudante insistió, aprovechando su silencio:

—Sabes de sobra que no tenemos autonomía para regresar a la Tierra. ¡Tendremos que volver a Júpiter!

—Es lo que haremos, Gordon.

—Y una vez allí ¿qué? ¡No nos recibirán, precisamente con muy buena cara!

—¡Me haré responsable de lo ocurrido!

—No sólo te juzgarán a ti, Jack.

—Haré que así sea: todos vosotros os tuvisteis que limitar a cumplir mis órdenes.

—Bien; vamos a suponer que también lo aceptan. Pero ¿qué

habrás conseguido?

—Mucho, Gordon, ¡muchísimo! La misión de desintegra: a todos esos asteroides, con todo lo que ello puede suponer se habrá interrumpido. Y al menos habré ganado tiempo, le que significa que en la Tierra podrán enterarse de esos locos proyectos.

—¡De acuerdo! Pero ¿y si el Gobierno Central Planetario también aprueba esos proyectos?

—No lo creo. ¡Estoy seguro que en la Tierra los prohibirán! Ya sabes que entiendo de astrofísica, Gordon. De acuerdo que no terminé la carrera —se apresuró a añadir Jack Lage—; pero tengo los suficientes conocimientos en la materia para calcular que una cosa así puede significar una gigantesca catástrofe.

—En otras palabras: temes que el Comité Ejecutivo de Júpiter haya tomado una decisión sin consultar. ¡Exactamente! -le interrumpió-. Y lo han hecho así porque sólo piensan en las mejoras que eso puede reportar para el planeta que ellos rigen.

Tras la breve charla, adoptando la posición cínica y divertida que era frecuente en él, el joven teniente Gordon Muriel empezó a disponerlo todo para la nueva lucha, mientras se ponía a decir:

—Pues a lo nuestro, Jack. Al fin de cuentas, morir más temprano o más tarde es cosa de poca importancia. Lo que -importa es morir bien o mal. Y morir bien es, por otra parte huir del peligro de vivir mal.

—¡Tú lo has dicho, amigo! Si morimos, lo habremos hecho por intentar salvar a la Humanidad.

CAPITULO V

La suerte estaba echada.

Atomizada también la gigantesca nave nodriza, porque ellos habían dispuesto de más maniobrabilidad, de más suerte, o bien porque se habían lanzado a la lucha con todas las consecuencias, ahora les tocaba regresar a Júpiter.

Salvada la distancia y ante los mandos de su poderosa astronave, Jack Lage se vio descendiendo sobre el gigantesco planeta. La maniobra tuvo que ser secundada por su ayudante Gordon Muriel, que también prolongaba su silencio.

Ninguno de los dos tenía ganas de hablar.

En las últimas horas, el carácter antes alegre y comunicativo de Jack Lage habíase tornado en taciturno y silencioso. El joven Gordon Muriel sabía muy bien lo que había transformado a su comandante: la enorme responsabilidad que se había echado sobre los hombros.

Las grandes pistas metálicas del gigantesco astródromo de Júpiter aparecían totalmente despejadas. Había sido inútil establecer contacto por radio y, aunque nadie parecía cuidarse de dirigir la maniobra, Jack Lage la realizó por sí solo, con su pericia acostumbrada.

Pulsó el botón de la escotilla y esperó, paciente, a que ésta terminase de abrirse, mientras los motores atómicos entraban gradualmente en reposo, tras aquel largo y accidentado viaje.

También, tras aquel trágico viaje. Bien: ya estaban en Júpiter, pero nadie salía a recibirles.

Y aquello, en sí, ya resultaba bastante significativo.

Fuera de lo normal, por supuesto.

Pero nada más poner los pies sobre la pista seguido de toda su tripulación, desde algún sitio, un potente altavoz empezó a zumbar:

—¡Caminen hacia los hangares de la derecha! —ordenó la voz.

Jack Lage miró con el rabillo del ojo a su ayudante. Junto a Gordon Muriel caminaba la doctora Nori Dawison con sus enfermeras, seguidas del resto de la tripulación.

Jack Lage siempre había sido un hombre inquieto y rebelde, con iniciativas propias y una acusada personalidad, por lo que se

encontró pensando:

«¿Y qué pasará si no obedecemos?»

Aquello sería como la primera piedra de toque. La mejor forma de averiguar cuáles eran las intenciones de los dirigentes de Júpiter.

Jack Lage había oído perfectamente, pero en vez de iniciar la marcha hacia la derecha torció hacia la izquierda, seguido de todos los suyos.

Al instante tuvo que detenerse.

Tras el característico chasquido, un rayo láser flameó desde alguna parte, confundiéndose el zumbido del haz luminoso con un alarido de dolor.

Jack Lage giró velozmente y vio a uno de sus hombres caer fulminado sobre la pista metálica, para él ya convertida en una dolorosa parrilla que le había llevado a la muerte.

Y antes de que ninguno de ellos pudiera decir nada, de nuevo la voz metálica e impersonal volvió a ordenar, más perentoria:

—¡Cumplan la orden! ¡Hacia los hangares de la derecha!

Era preciso obedecer.

O les achicharrarían a todos con los rayos láser. La pérdida de uno de sus hombres resultaba dolorosa, pero ya sabían a qué debían atenerse.

En Júpiter eran tratados como enemigos. Y ahora eran sus prisioneros, dispuestos a responsabilizarlos por lo que habían hecho.

Jack Lage inició la marcha hacia los hangares de la derecha, sintiendo que su sangre hervía en las venas. Una rabia sorda e impotente le consumía, no permitiéndole casi ver aquellos altos edificios ultramodernos de acero y vidrio, que quedaban a unas dos millas de distancia.

A su espalda pudo captar la respiración descompensada de Nori Dawison y las otras mujeres, por lo que pidió secamente:

—Bébanse sus lágrimas, por favor. He redactado un informe y todos ustedes quedarán libres de responsabilidades.

—Sí, comandante, pero todo lo que está pasando… ¡Es horrible! —lamentó una de las enfermeras.

Cuando estaban a unos cincuenta metros de los altos edificios y calculó que podían oírle, forzando la voz Jack Lage gritó:

—¿A qué viene esta salvajada? ¡Es indigno matar a un hombre así!

La misma voz impersonal de los altavoces replicó:

—¡Sigan! ¡Les estamos apuntando!

—Lo supongo, condenados sean. ¡Por lo menos deben oírme y

leer mi informe!

La respuesta fue mucho más tajante aquella vez.

Nuevamente se escuchó el chasquido del rayo láser, la llama verde-azul volvió a flamear, y otro hombre de la tripulación cayó fulminado.

Jack Lage quedó como electrizado. Diríase que había sido él quien recibió la descarga del rayo, aunque al instante prosiguió la marcha para evitar que, por su rebeldía o por sus gritos de protesta, un miembro más de su tripulación quedase eliminado.

—¡Nos van a matar uno a uno! —gimoteó una de las enfermeras.

—¡Calma, señorita! Serenidad, por favor. Y desde ahora, obedezcan todas sus órdenes —pidió Jack Lage—. Ya nos han demostrado que nada les detiene.

—Todo esto por ti —volvió a reprocharle Nori Dawison.

Medio girando el rostro, sostuvo el fuego de aquella mirada acusadora. Pero nada replicó, más atento a todo lo que les pudiera venir desde las altas torres del control.

Antes de llegar a los hangares, varios hombres, luciendo uniforme verdoso, se apresuraron a rodearles. Las armas que empuñaban eran de las más modernas y Jack Lage calibró al verlas:

—¡Desintegradoras! ¿Por qué las utilizan esos tipos?

Sabía positivamente que las armas desintegradoras sólo estaban en poder de las tropas especiales del Gobierno Central Interplanetario, a excepción de las astronaves que se trasladan de un planeta a otro. Al menos oficialmente, ninguno de los planetas hasta entonces colonizados tenía permiso para disponer de tales armas, con vistas a evitar cualquier posible sublevación que llevase a enfrentamientos entre los planetas.

Y sin embargo, allí, en Júpiter...

No pudo seguir pensando porque uno de aquellos hombres de uniformes verdosos ordenó tajante:

—¡Su informe, comandante Lage!

—¿Es a usted a quien se lo debo entregar?

—¡Démelo, comandante!

—Ahí lo tiene, pero...

—¡Silencio!

Y nuevamente ordenó a sus hombres:

—¡Llévelos a todos a la cámara!

Fue la doctora Nori Dawison la que quiso concretar:

—¿A qué cámara, por favor?

—¡Silencio! ¡A la cámara de desinfección!

Ya les habían desarmado y resultó inútil la precaución del

teniente Gordon Muriel. El arma que llevaba oculta bajo las ropas de su uniforme fue al instante detectada, al aproximarse uno de aquellos hombres con una especie de «cajita mágica», que fue acercando a todos; una lucecita empezó a parpadear en el extraño aparato y el jefe de aquella patrulla volvió a ladrar:

—¡Estúpido! Por menos de esto, el Comité Ejecutivo puede decretar su muerte, teniente.

—¿Acaso no la han decretado ya para dos de nuestros hombres? —replicó a su vez Jack Lage.

—Eso sólo fue una advertencia, comandante —fue la seca respuesta.

—Incluiré en mi informe esa «advertencia», cuando al fin me oigan y pueda comunicar con la Tierra.

—Ninguno de ustedes jamás regresarán a la Tierra.

—¿Có… cómo dice?

—Me ha oído. ¡En Júpiter ya no queremos tratos con la Tierra!

Bien: era otro dato para tener en cuenta. A partir de aquel instante, estaba visto que la guerra entre ellos y las autoridades que regían Júpiter y que decían que nada querían saber con el Gobierno Central Interplanetario, estaba declarada.

Por desgracia, ellos tenían todas las ventajas.

CAPITULO VI

Habían sido introducidos en una habitación de dimensiones reducidas, en donde las cuatro mujeres y el resto de la tripulación prácticamente quedaron apiñados.

Por unos pequeños orificios del techo empezó a salir una especie de vapor que, poco a poco, comenzó a invadirlo todo. Como experta, la doctora Nori Dawison captó el olor del gas metano y con voz alarmada gritó:

—¡Protocarburo de hidrógenol ¡Nos van a matar!

Sus tres enfermeras ayudantes empezaron a golpear las paredes metálicas de aquella ratonera humana, llorando histéricamente. Jack Lage vio que algunos de sus hombres también perdían la serenidad, ante el anuncio de la muerte. Por eso se puso a rogarles, empujándoles hacia una de las paredes:

—¡Calma, calma, amigos! ¡No nos van a matar!

—Mire ese maldito gas que nos sueltan, comandante. ¡Vamos a morir como ratas aquí!

—Tranquilícese, sargento. De querer matarnos, nos habrían fulminado con el láser, como a los otros dos. ¿O es que creen que para liquidarnos se habrían tomado tantas molestias?

—¡Es cierto, muchacho! —le secundó el teniente Gordon Muriel —. ¿No lo oísteis? ¡Nos han metido en la desinfección!

Sentían que la cabeza empezaba a darles vueltas y que las fuerzas les faltaban. Un sudor frío y pegajoso invadía sus cuerpos, como anuncio de una muerte ignominiosa y canallesca.

¡Terrible!

En un momento de lucidez, pensando que aunque les ocurriese lo peor era mejor terminar cuanto antes, Jack Lage fue acercándose a Nori Dawison y les pidió:

—Respirad hondo, amigos. ¡Respirad con fuerza!

—Sí, sí. Bien dicho, comandante. Es mejor terminar esta angustia y...

Aquel hombre no pudo finalizar su pensamiento; cayó desplomado y uno tras otro fueron haciendo lo mismo.

Jack Lage miró los ojos intensamente azules de Nori Dawison y con un hilo de voz solicitó:

—Perdóname, Nori. Perdóname, amor mío. Yo... yo...

Tampoco pudo terminar.

Las negras tinieblas se hicieron para todos los que estaban encerrados allí...

* * *

Jack Lage despertó cómodamente tendido en un mullido lecho.

Se incorporó bruscamente y quedó sentado sobre aquella cama, realizando un fino pijama de seda, de mangas cortas que le permitía ver sus antebrazos.

Al clavar su pista en uno de ellos quedó paralizado. Podía leer perfectamente una cifra que ahora tenía allí marcada, con purpurina dorada que le anunciaba:

«H-1 + 3.600.»

Una exclamación de cólera brotó de sus labios:

—¡Malditos sean! ¡Me han marcado como a una res!

Saltó del lecho y se puso a examinar la habitación. Era de amplias dimensiones y decorada hasta con buen gusto. Quizá predominaba allí el verde con exceso, pero no podía negar que todo resultaba cómodo y armonioso, limpio y, sobre todo, marcadamente funcional.

Muy moderno.

Sobre un butacón, también tapizado de verde que hacía juego con un largo sofá frente a una mesita de laca, vio una camisa de seda y unos pantalones; aquellas ropas tenían un torno verdoso, lo mismo que los calcetines que reposaban sobre unos zapatos, como si alguien hubiese dejado allí todas aquellas prendas, invitándole a vestirse.

En otra rápida ojeada, Jack Lage captó lo que debía ser el cuarto de baño y caminó hacia allí. Realmente, todo resultaba regio, con su juego de espejos que cubría las paredes y un lavabo también muy funcional.

De mármol verdoso, por supuesto.

El cuarto de baño no tenía ventana exterior, pero el ambiente estaba ventilado, climatizado. Volvió a la habitación para buscar una salida, caminando a largas zancadas hacia la puerta, que descubrió una vez cruzó la estancia y al penetrar en una salita.

Pero aquella puerta estaba cerrada.

Por un amplio ventanal se filtraba la claridad diurna, que mentalmente calculó en Júpiter sería de corta duración puesto que aquel planeta tenía una rotación de 9 horas, 55 minutos y 37 segundos exactos. Quedó gratamente sorprendido al poder abrir la

ventana y asomar la cabeza al exterior, al cuidado jardín que se extendía ante sus maravillados ojos.

—¡Vaya! —musitó —. Esto debe ser una cárcel de lujo. ¡Tienen buen gusto!

Saltó al exterior y sus pies desnudos sintieron el contacto de aquella «tierra». Resultaba húmeda y algo fría, con granulaciones que más bien parecía arena; pero no había duda de que era fértil, a juzgar por las artísticas plantas y flores que alimentaba y crecían por allí.

Miró al cielo y Jack Lager encontró otro motivo para asombrarse. No era azul y con algunas nubes, como en la Tierra, ni negro intenso, como cuando durante meses se viajaba por el espacio: también tenía un tenue tinte verdoso, pero que resultaba acariciador para la vista.

Una pregunta afloró a sus labios, ante todo aquel mundo extraño que le rodeaba:

—¿Estaré soñando, o aún bajo los efectos de aquel gas?

Giró lentamente en redondo, como un niño trasladado a un cuento de hadas. Fue cuando descubrió un *bungalow* no lejos del suyo, de las mismas proporciones y arquitectura.

Moderno y funcional, claro.

Y en el vecino jardín, una mirada femenina que le observaba.

Jack Lage ya no tuvo ninguna duda de que estaba soñando. De otra forma, no podía ser que estuviera contemplándole la rubia doctora Nori Dawison, sonriéndole con sus enormes ojos intensamente azules y el frescor de sus tentadores labios sensuales.

Y hasta le saludó amistosamente:

—¡Hola, Jack!

La espléndida hermosura de aquella singular mujer no le hizo olvidar todo lo que había ocurrido, cuando aún comandaba a su escuadrilla. Quizá por eso su saludo no resultó tan afectuoso al indicar:

—¿Ya no estás enfadada conmigo, Nori?

La mujer rubia parpadeó extrañada, quedando como paralizada en su marcha hacia él. Le miraba fijamente y sus pupilas estaban cuajadas de mudas preguntas. Jack Lage sostuvo aquella mirada, cuando de nuevo ella siguió acercándose: el hombre tuvo que apartar la vista de aquel cuerpo armonioso y tentador, que parecía balancearse al compás rítmico de sus pasos elásticos, casi felinos.

Y aquellas caderas…

Ahora la voz de Nori Dawison le resultó un tanto extraña, al preguntar ella, cada vez más cerca:

—¿Por qué me has llamado Nori?

—¿No es tu nombre?

—No.

—¿Có...cómo dices?

—Me llamo Eva —aclaró la mujer—. Z.2-3.600. ¡Mira!

Le mostraba ahora los dos brazos torneados, de sedosa piel algo morena, que debía ser suave como la seda. Jack Lage vio en el antebrazo izquierdo de la muchacha la cifra anunciada por ella, también marcada allí como un tatuaje de purpurina dorada.

Y en el antebrazo derecho, el nombre también tatuado en su piel.

Eva.

Sin saber por qué, Jack Lage buscó su antebrazo izquierdo y sus ojos se abrieron con pasmo. ¡El también tenía allí grabado su nombre!

Jack.

Sin apellido, sin nada más.

Antes, cuando con rabia descubrió la cifra tatuada en su antebrazo derecho, no se fijó que el izquierdo también había sido tatuado su nombre. La cabeza empezaba a darle vueltas y, deseando aclarar las cosas, insistió:

—¿Tú... tú no eres la doctora Nori Dawison?

—No. Te he dicho que mi nombre es Eva. ¡Lo puedes leer aquí!

—Sí, sí, ya lo veo. Pero ¡es imposible! ¡Eres exactamente igual que la doctora Nori Dawison!

—¿Quién es ella? ¿Una mujer que conociste?

—Sí, pero, ¿es que sois hermanas gemelas? Nori nunca me habló de eso ni creo que...

—No sé —dijo la mujer—. Es posible que fuera de la misma hornada.

Cada vez más perplejo y extrañado, él quiso concretar:

—¿De la misma qué, has dicho?

La muchacha rubia hizo un gracioso mohín, añadiendo:

—Al Comité Ejecutivo no le gusta que lo digamos así. Aunque a veces lo hacemos.

Hizo una pausa, para ampliar su explicación:

—Me refiero a que esa mujer que conociste, a la que confundes conmigo, puede ser mi hermana de hornada. Una de ellas...

—¿Es que tienes muchas hermanas?

—¡Oh, sí, muchísimas! En mi hornada creo que salimos unas diez mil, o cosa así.

Jack Lage no pudo evitar abrir mucho la boca y quedarse así,

como alelado. La idea de que allí, en Júpiter, pudiera haber diez mil criaturas tan deliciosamente formadas como aquella que tenía ante sus asombrados ojos, le hizo decir:

—Los hombres deben pasarlo aquí deliciosamente, bonita.

—¿Por qué dices eso?

—Salta a la vista, deliciosa criatura.

La mano masculina señalaba toda la silueta femenina, vestida con una graciosa minifalda de tonos verdosos, que completaba una blusita del mismo color, de mangas cortas. El busto de aquella mujer era francamente delicioso, perfectamente moldeado a la tela de seda, contrastando con la morena piel del generoso escote que era pura delicia.

Los labios femeninos sonrieron halagados, musitando con tono celestial:

—Eres un hombre muy galante. ¡Como todos los que vienen de la Tierra!

—¿Tú no eres de allí?

—No... ¡Ya te dije que me hicieron aquí!

—Sí, ya... Con diez mil hermanitas más. ¿No fue así?

—¿Lo tomas a broma?

—¡Qué va! —fue la jocosa respuesta del hombre—. Pero me figuro unos grandes titulares en la prensa, anunciando en primera página: «Feliz mamá, que ha dado a luz diez mil hermosas criaturas rubias.» ¿Qué tal?

—Eres un hombre muy divertido. ¿Siempre tienes ese buen humor?

—Normalmente. Aunque mejor después del desayuno.

—No tienes más que entrar y oprimir un botón. Tus alimentos están en la registradora.

—¿Qué es eso, encanto?

—La máquina que programa todo lo que tienes que hacer.

—¿También todo lo que tengo que comer y beber?

—Naturalmente.

—¡Mira qué bien, nenita! ¿Y ésta, para qué la tengo?

Jack Lage señalaba a su propia cabeza y, sin inmutarse, la deliciosa muchachita contestó:

—Si sale airoso de la prueba, sólo entonces tendrás que utilizar tu cerebro.

—¿Qué prueba?

—Ya te enterarás, Jack.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo llevas escrito ahí, en tu antebrazo.

—¿Y el tuteo, preciosa?

—Aquí nos tuteamos todos, excepto a los que pertenecen al Comité Ejecutivo.

—¿Quiénes son ésos?

—Los programadores de la zona. Tú has sido designado a la misma que la mía y tu orden de registro es «H—1 — 3.600».

De pronto, inesperadamente, la cifra tatuada en el antebrazo derecho de Jack Lage empezó a picarle. Primero nada más fue que un leve escozor poco molesto, que casi consideró natural, por haberle tatuado recientemente. Pero la presión en aquella parte de su piel se acentuó, empezó a escocerle cada vez más y, al intentar rascarse instintivamente, escuchó que la muchacha le advertía:

—¡No, no te toques ahí! Tienes que entrar. La registradora te llama.

—¿Có...cómo dices, Eva?

—Tu máquina. ¡La registradora! Debe estar programado que a esta hora te pongas ante ella.

Rebelde como siempre, Jack Lage no se decidía a entrar en el *bungalow* que por lo visto le habían designado, aunque sentía cada vez más insufrible aquel molesto escozor en el brazo. Llegó un momento en el que si no gritó fue por estar delante de aquella mujer, que le empujó aconsejándole alarmada:

—¡Entra ya, Jack! ¿Quieres perder el brazo?

—Pero, Eva, yo... ¡Uf! ¡Qué dolor! ¡Es terrible!

—¡Te digo que perderás el brazo! ¡Son isótopos radiactivos, Jack!

Al oír aquello quedó paralizado, y aunque tenía ganas de seguir allí para hablar más con la bella muchacha y preguntarle mil cosas, el lacerante olor en su brazo le aconsejaba obedecer la orden que, de alguna manera, aquella dichosa máquina registradora que le esperaba en su cuarto le enviaba.

Fue a regresar por la ventana por la que había salido al jardín pero ella le llevó hasta la puerta. Con los labios apretados por el dolor, entre dientes, él protestó:

—No, Eva, no. Antes la encontré cerrada. ¡Tuve que salir por la ventana!

—Pero entrar sí, Jack. ¡Hazlo, por favor! ¡No tienes mucho tiempo!

La puerta cedió y, sólo al quedar dentro de la estancia, poco a poco, el insufrible escozor del brazo empezó a calmarse. Jack Lager miró a la cifra tatuada con purpurina dorada sobre su piel y bramó:

—¡Isótopos radiactivos! ¡Bonita manera de mantenerle preso a

uno! ¡Esos del Comité Ejecutivo son unos diablos!

Buscó frenéticamente lo que debía ser la máquina registradora y al fin, en la pieza que servía de comedor-living, distinguió el parpadeo en la pared de algo que semejaba a una máquina computadora. Los circuitos debían estar activados, porque las luces rojas, verdes, azules y moradas no cesaban de parpadear.

Y, dócilmente, el hombre atrapado caminó hacia allí, sintiendo el alivio del dolor y musitando colérico:

—Me tienen en sus manos… ¡Estoy bajo su poder!

CAPITULO VII

Una voz ronca, de tonos metálicos e impersonales, surgió de la registradora recomendándole:

—Nunca dejes de obedecer, Jack, ¡podrías morir!

Furioso, mostrando sus brazos tatuados como si aquel diabólico mecanismo pudiera verle y oírle, el hombre bramó, con los dientes apretados:

—¿Qué me han hecho? ¿Por qué me han tatuado así?

Ya no se extrañó al oír que la registradora respondía:

—Te hemos destinado a la zona «H—1 — 3.600». Aquí todo el mundo está registrado.

—Pero, ¿qué diablos es esto?, ¿qué sustancia es ésta?

—Son isótopos radiactivos, Jack. Todos los llevan en el brazo y sirven para que la registradora gigante del Comité Ejecutivo sepa en todo momento dónde se encuentra cada uno. Escucha con atención y, de una vez para siempre, quedarás informado.

—¡Adelante, adelante! —intentó bromear—. Deberían haber empezado por ahí.

—Hiciste algo indebido. ¡Salir al exterior!

—Bien. ¿Quién me habla y qué órdenes debo obedecer?

—¡Todas! Debes obedecer todas las órdenes.

—Empecemos; intentaré aprender bien la lección.

—Eso está mejor, Jack: hay que ser razonable.

La voz seguía fluyendo de aquello que parecía un cerebro electrónico y anunció:

—Ya te he dicho que esas cifras de tu brazo están impregnadas de isótopos radiactivos, cada una con un peso específico atómico. En todo momento se reflejan en una gran pantalla que tenemos en Control, y cuando se sale del área en la que cada uno está destinado, se reactivan y pueden llegar, en caso extremo, a cercenar el brazo.

—¡Colosal! —exclamó en el colmo de su cólera impotente el infortunado—. Es la forma de control policíaco más monstruosa que se podía imaginar.

—¿No te gusta?

—¡No!

—Pero es muy eficaz, Jack. ¡Terriblemente eficaz y sin fallo posible!

—Supongo que a mis otros compañeros les estará ocurriendo lo mismo. ¿No es así?

—Exactamente igual. Aunque en otras zonas.

—Si no he entendido mal, los isótopos mezclados con la purpurina del tatuaje tendrán un peso y un número atómico equivalente a la de la pantalla de control.

—Así es, Jack.

—Y nada más movernos, con sólo ir de un sitio a otro, allí quedará reflejado.

—¡Al milímetro! Buena deducción, Jack; posees un cerebro brillante que promete mucho. ¡Sólo eso te ha salvado la vida!

—¡Vaya! ¿Debo dar las gracias?

—No, no. ¡Porque tiempo llegará en que preferirás haber muerto!

—De todas maneras, «gracias» por dejarme con vida.

—Lo preferimos así, porque vas a dedicarla al trabajo.

—¿Como un esclavo?

—Ya podrás apreciar, por donde te encuentras, que aquí se trata a todo el mundo con comodidades y hasta con lujo.

Pero se tiene que cumplir.

—¿Con...?

—Cada mañana, nada más levantarte, te pondrás delante de la registradora.

—Sí, ya sé: ella me dirá todo lo que tengo que hacer y hasta comer y beber. ¿Y hasta lo que debo pensar?

—Te irás acostumbrando. Las dietas son programadas de acuerdo con las necesidades vitales de cada cuerpo humano. Esos isótopos también son como electrodos que registran tus necesidades médica y hasta higiénicas. De acuerdo con esos resultados, la registradora programará tu alimentación.

—¡Muy eficiente! Sigue.

La voz ronca e impersonal pareció adquirir mayor volumen y sequedad al advertir:

—¡Siga! Debes decir siga.

—¿Cómo?

—El tuteo no está permitido cuando se habla con alguien que pertenece al Comité Ejecutivo, Jack.

—¡Bonita democracia! Ustedes pueden tutearme a mí, pero yo a ustedes no.

—En Júpiter no reina la democracia, al menos en el sentido tan

gastado a como ha sido utilizado en la Tierra.

—¿Qué tienen contra la Tierra?

Ahora la voz se hizo altamente despectiva, al replicar:

—¡La Tierra! ¡Valiente porquería! Es un viejo e insignificante planeta, 1.295 veces más pequeño que Júpiter, con sólo un satélite natural raquítico como la Luna, y con una polución creciente que ya empieza a no dejar respirar a sus corrompidos habitantes.

—¿Acaso Júpiter no pertenece al mismo Sistema Solar?

—¡Cierto! Pero fíjate, Jack, fíjate cómo es aquí nuestro cielo y en nuestras doce hermosas «Lunas».

—¿Qué me dice de su frío clima? De no ser por las aplicaciones de la ciencia y la técnica, aquí no sería posible la vida.

—Todo eso cambiará pronto.

—¿Qué pretenden al separarse del Gobierno Central Interplanetario?

—¡Crear un mundo mejor! Una existencia más digna para la raza humana. Más racional, más completa, donde los hombres y las mujeres llegarán a adquirir su total dimensión. A alcanzar todas sus inmensas posibilidades.

—¿Desde cuándo ha empezado todo esto? Antes bien que admitían las relaciones con la Tierra.

—En los primeros años tuvo que ser así. Necesitábamos crear las condiciones necesarias y por eso lo soportamos.

—¿Ha dicho «soportar»? La Tierra sí que ha soportado unos gastos enormes, para ir proporcionando a los diversos planetas los adelantos técnicos necesarios. ¡Y Júpiter es de los que más se ha beneficiado en los últimos tiempos!

—Hasta adquirir nuestra mayoría de edad. ¡Nuestra independencia!

—Admita, entonces, que han sido unos aprovechados. Y unos desagradecidos.

—Digamos más bien que hemos sabido recoger la parte de la herencia que, como humanos, nos correspondía. Pero desde hace unos años nuestras aplicaciones morales son distintas.

—No mejores. Por ejemplo, este sistema de control es infrahumano.

—Lo dices ahora, porque aún lo miras bajo la pequeñez de tu prisma. Pero ¿te has preguntado a qué se debe la formidable organización de una colmena?

—Los hombres no son simples abejas.

—No. Son insectos mucho peores, cuando se les permite que dejen sueltos sus bajos instintos. ¿O es que la Historia no te lo

anuncia así, Jack? Echa un vistazo a los pasos del hombre sobre la Tierra y no harás más que encontrar una sucesión constante de guerras y conflictos humanos, tan sangrientos como inútiles.

—Ya no existen las guerras. Hace mucho tiempo que…

—Pero sigue existiendo el egoísmo, la maldad, la ambición, la envidia, la soberbia y un desenfreno de apetitos, que convierten al hombre en un pigmeo.

—¿Todos esos males están desterrados en Júpiter?

—Los estamos desterrando, sobre todo con la creación de seres vivos completamente nuevos.

Jack Lage recordó, indagando para seguir enterándose:

—¿Seres nuevos? ¿Se refiere a los que ya nacen aquí?

—No. He dicho a los seres que creamos nosotros. ¡Nuestra ciencia!

—Por favor, explíquese.

—Ahora no hay tiempo. Además de que tu ciencia aún es pequeña y no lo comprenderías.

—Lo intentaré.

—Te digo que no hay tiempo: ya lo irás averiguando. Ahora hay que nutrir a tu cuerpo, para que rinda lo que se le exige de él.

—No me gusta nada de todo esto. Tengo mis propias ideas.

—Las irás cambiando, Jack.

—¡Jamás llegaré a convertirme en un robot! ¡En una máquina!

—Peor para ti, Jack. El día que no rindas…

Reinó una pausa y al poco la voz volvió a advertir:

—Escucha bien: voy a darte todas las instrucciones, que seguirás al pie de la letra. Presta mucha atención y procura no olvidar nada. El Comité Ejecutivo no permite fallos.

—¿Dónde están mis compañeros?

—Pregunta sin respuesta.

—¿Y la doctora Nori Dawison?

—Será inútil, Jack. ¡No insistas!

—Necesito saber qué fue de ellos.

—¿Para qué? ¿Qué te importan?

—¡Son mis amigos!

—Otros locos que acataron tus decisiones.

—Ellos no son responsables de nada. Lo decía así en mi informe y sería injusto que también ellos…

—¡Basta! Debes atender mis instrucciones.

Y la voz que brotaba de la registradora siguió hablando y hablando infatigablemente.

Jack Lage tuvo que escuchar, revestido de resignación y

paciencia.

Ya no era un hombre.

Se había convertido en una cifra: la «H—1 — 3.600».

CAPITULO VIII

El encargado del Laboratorio Central era un hombre desmesuradamente alto, de recias espaldas y mirada inteligente, que aparentaba unos sesenta años. Cuando le presentaron a su nuevo empleado forzó una sonrisa al decir, mostrando su brazo tatuado:

—Soy Simun y ésta es mi cifra.

Jack Lage hizo la acción instintiva de alargar su mano, pero se contuvo al observar que aquel hombre nada hacía para ofrecer la suya. Los dos vigilantes que le habían conducido hasta allí se retiraron, y al quedar frente al encargado del laboratorio por decir algo opinó:

—Supongo que sabrá que soy astronauta, no astrofísico: no pude terminar la carrera.

—Eso no importa, Jack. Aquí encontraremos aplicación a tus conocimientos.

—¿Me puede decir lo que tendré que hacer?

—Estudiar órbitas, los pesos específicos de los planetas, sus distancias, movimientos regulares, sus excentricidades... ¡Todo eso!

Con un gesto mudo de su mano huesuda le invitó a seguirle, no volviendo a hablar hasta llegar a un gran despacho circular, desde donde se podía vigilar toda la planta en la que, a bulto, Jack Lage calculó estarían atentamente trabajando unas trescientas personas, entre hombres y mujeres.

Hombres y mujeres todos uniformados, luciendo las mismas prendas de tonos verdosos que él mismo había tenido que ponerse. Seres que parecían como obsesionados, cumpliendo sus tareas como las mismas máquinas calculadoras y cerebros electrónicos que les ayudaban. Apenas se oía un ruido en toda la amplia planta circular de paredes de cuarzo transparente, por las que se filtraba la luz exterior.

El amplio despacho también tenía paredes transparentes y, nuevamente con mudo gesto, el encargado le invitó a sentarse al otro lado de su mesa.

Jack Lage obedeció como un autómata. Ya empezaba, poco a poco, a perder su capacidad para reaccionar por él mismo; pero

indagó, señalando a los que trabajaban:

—¿Qué hacen?

—Una tarea que tú también tendrás que hacer. ¡Calcular al milímetro los movimientos de los astros!

—¿Seguirá adelante el loco plan de cambiar la órbita de Júpiter?

—Eso exigen los del Comité Ejecutivo.

—Es un proyecto asombroso, pero que puede tener unas catastróficas consecuencias, señor Simun.

—¡Por favor! No me llames «señor». Entre nosotros, todo tratamiento está desterrado.

—¿Por qué?

—Veo que tu capacidad de asombro es aún más grande. ¡Ya dejarás de asombrarte a cada palabra! Con Simun me basta.

—¿Y aquí nadie usa su apellido?

—No.

—¿Qué pasa si hay dos que se llaman igual?

—No se da ese caso: el Comité Ejecutivo cuida muy bien que en cada zona no se repitan los nombres.

—Por lo visto, el Comité Ejecutivo lo decide todo.

—Absolutamente todo.

Hizo una pausa y juntando sus manos añadió:

—Bien: hoy será tu primer día de trabajo. Por eso quiero informarte de la delicada labor que tiene encomendada esta planta. Puedes hacerme todas las preguntas que quieras; yo estoy aquí para aclararte cualquier duda.

—Empecemos por una, Simun.

—Adelante —animó jovial.

—¿Qué hay de eso que me han dicho?

—Concretamente, ¿a qué te refieres?

—¿Se crean aquí, en los otros laboratorios, seres humanos?

—Sí.

—Pero...

—Todo es cuestión de la bioquímica, sabiamente aplicada. En aquellos laboratorios que ves allí, a lo lejos, se preparan los compuestos químicos y orgánicos que luego en otras salas son manipulados.

—¡Es asombroso!

—¿Por qué? Nada hay que hoy en día la ciencia no puede hacer.

—¿Lo hacen para poblar rápidamente Júpiter, puesto que esos del Comité Ejecutivo han roto toda relación con la Tierra?

—Es una buena razón.

—Pero eso de crear a seres humanos así, en unos laboratorios...

—Sigue, Jack.

—En una palabra: lo encuentro monstruoso.

—Según se mire. Yo me voy acostumbrando y lo encuentro racional. Teniendo en cuenta que se crean seres a la medida de las necesidades, pues…

—Y claro, aquí la selección la hará ese dichoso Comité Ejecutivo. ¿No es así?

—Por supuesto, Jack.

—¿Y quién les selecciona a ellos, Simun?

Aquel hombre se levantó, quedando ante el joven astronauta con toda su imponente estatura, al exclamar irritado:

—¡Esa pregunta es irreverente, Jack!

Jack Lage tomó su rígida actitud como un aviso. Aquel hombre estaba muy satisfecho con todo aquel sistema y, por lo tanto, debía ser prudente. Se dijo que debía andar con cuidado para no meter la pata y no agravar más su condición de hombre sujeto a un trabajo y unas normas. Le podían enviar a cualquiera de las otras zonas, donde los trabajos resultaban muchísimo más duros.

¡Y hasta le podían eliminar!

No era una idea que le gustase mucho.

Por eso plegó velas y preguntó, señalando a los que trabajaban en la planta:

—¿Alguno de ellos ha sido creado aquí?

—No. Todos han nacido en la Tierra.

—¿Qué pasa, Simun? ¿Sus «hornadas» de seres humanos no les salen muy inteligentes?

—¡Cierto! Ese es un fallo, que se irá corrigiendo con el tiempo.

—No sé. Me cuesta trabajo admitir que…

—Ten un poco de paciencia, jovencito. Verás. El hecho de que tengas estudios superiores, me ahorrará muchas explicaciones que resultarían farragosas. Los profanos en la materia no suelen comprender los procesos de la vida, y mucho menos el hecho de que hoy en día en Júpiter seamos capaces de crearla artificialmente.

Hizo otra pausa antes de seguir:

—Tú sabes que el conocimiento de la naturaleza vegetal o animal de los virus no está exento de dificultades, dada su extremada pequeñez. Con todo, las diferencias que distinguen a las plantas de los animales, insensibilidad y carencia de independencia en sus movimientos, hoy en día no se excluyen tan rigurosamente.

—Cierto, Simun: hoy en día ya se sabe que las plantas tienen sistema nervioso.

—¡Ahí está, Jack! No hay más que recordar ciertas plantas

carnívoras, cuyos nervios actúan y las ponen en movimiento, cuando desean atrapar a alguna de sus presas.

—En las selvas del Brasil hay muchas de ésas.

—Yo las estudié cuando estaba en la Tierra. Pero volvamos a los virus, los más pequeños de los organismos vivos. A los virus se les puede perfectamente clasificar como animales, ya que tienen autonomía en sus movimientos, reaccionan frente a la luz, el calor, el frío, las sustancias químicas, etcétera.

Nuevamente juntó sus huesudas manos al seguir:

—Es decir: los virus tienen un alto grado de sensibilidad. O en otras palabras: el virus es lo que los científicos llamamos una nucleopotroína. Algo así como un huevo en miniatura. ¿Comprendes, Jack?

—Sé lo que quiere decir, Simun.

—La «yema» del virus sería el ácido nucleico, y la «clara», la proteína. Todos los seres vivos hasta ahora conocidos están formados por esos miniseres llamados células, que, fundamentalmente, tienen esa estructura de huevo.

»Y ya que estudiaste algo de genética, sabes que la estructura de las células ha sido analizada hasta la saciedad. Por lo tanto, hoy en día, fabricar un virus artificialmente resulta una cosa muy fácil.

—Supongo —admitió Jack Lage—. Pero de eso a crear todo un ser humano…

—Déjame seguir. Y a su vez, fabricar un virus químicamente es tanto como decir fabricar una célula viva. Tan célula y tan viva, como la que en el seno de una hembra humana pueda dar lugar al nacimiento de un hombre o una mujer.

Debió creer que el joven que le escuchaba se había perdido en el laberinto de sus explicaciones científicas, ya que insistió:

—Propiamente hablando, un ser humano es en su principió va un huevecillo, «óvulo», si lo quieres llamar así, recién fecundado. Y lo realmente desconcertante, pero no menos cierto, es que un virus es más semejante al huevecillo humano que a un hombre adulto.

—¿Y aquí se ha llegado a crear artificialmente ese huevecillo humano?

—Sí, y como si estuviera ya fecundado.

—Lo que quiere decir…

—Lo que significa que podemos crear tantas «hornadas» de seres humanos como nos apetezca. Hombres o mujeres, indistintamente.

—¿A capricho?

—A nuestro antojo. O mejor dicho: según las necesidades que dicte el Comité Ejecutivo.

—¡Volvemos a lo mismo, Simun!

La palabra «hornada» le recordó a Jack Lage la linda carita de la muchacha rubia que estaba destinada a un *bungalow* cerca del suyo. Eva le había dicho que tenía diez mil «hermanas», y lo que estaba escuchando ahora…

—¿Pones atención a lo que digo, Jack?

—¡Oh, sí, sí, claro, Simun! ¡Mucha atención!

—Parecías distraído.

—No. Sólo estaba pensando.

—¿En qué, Jack?

—Bueno: eso no tiene mucha importancia. Simplemente pensaba en una bonita mujer.

—¿Enamorado, Jack?

—Sí. ¡Lo estuve mucho! Pero estoy hecho un lío.

—¿Por qué? —le tocó al sabio Simún preguntar.

—Porque ahora resulta que me he encontrado con otra mujer, ¡exactamente en lo físico igual que la primera!

—Eso es muy frecuente aquí.

—Yo lo ignoraba; nunca había estado en esta parte del planeta Júpiter.

—Empezarás mañana, Jack. Es mejor que te vayas aclimatando a todo esto. Puedes volver a tu *bungalow* y…

—Lo siento, Simun. ¡No es posible!

—¿Cómo? ¿Rechazas la posibilidad que te doy de unas horas libres?

Como respuesta, Jack Lage señaló a su brazo tatuado recordándole:

—¿Olvidas los malditos isótopos radiactivos? Al levantarme hoy, mi registradora me ha dicho que debo permanecer todo el día aquí. ¡Y ya sabes lo que pasará en mi brazo, s en el control se registra que ando por otra parte!

Simun pareció regresar de un sueño y exclamó:

¡Es cierto! Perdona, Jack, a veces me olvido de eso.

CAPITULO IX

En los días que sucedieron, difíciles de contar para Jack Lage según el cómputo de la Tierra, tuvo ocasión de conocer a otros muchos como él, que llevaban en su brazo derecho el tatuaje con purpurina dorada que les designaba como destinados a la misma zona.

Hombres y mujeres, con sus respectivas ocupaciones asignadas, sin poderse apartar ninguno de ellos un solo ápice de aquellas obligaciones que, cada día, sus respectivas máquinas registradoras les ordenaban.

El control era perfecto y riguroso, y sólo los más antiguos o los seres que habían sido creados así artificialmente lograban aclimatarse a una existencia completamente regida por los jefes del Comité Ejecutivo.

Jack Lage creía enfermar de impaciencia y obligada resignación cuando, inesperadamente, algo que le dijo su vecinita Eva hizo renacer sus esperanzas.

Estaban charlando en el jardín, cuando la bonita muchacha le dijo:

—Hoy he conocido a otro hombre como tú.

Jack Lage ya se había acostumbrado a ver, entre los componentes de la comunidad en donde le habían asignado, a hombres y mujeres que se parecían unos a otros como gotas de agua. Seres que habían sido creados en una misma «hornada» y que sólo se distinguían entre ellos por el nombre que también les habían asignado, así como la cifra correspondiente.

Por eso le contestó a la muchacha:

—Te habrás confundido, Eva. A mí no me han hecho a troquel.

Eva hizo uno de sus graciosos mohines con los labios, al protestar:

—No me refiero sólo a lo físico, Jack. Sino a su carácter, a tu forma de ser. A esa manera tan extraña que tienes de pensar y decir las cosas.

Las cejas de Jack Lage se arquearon y ella prosiguió:

—También ha nacido en la Tierra.

Aquello ya le interesó más y apremió con viveza:

—¿Dónde has conocido a ese hombre? ¿Quién es? ¿Dónde está destinado?

—En esta misma zona: pero al otro extremo.

—Su nombre, Eva. ¿Cómo se llama?

—Gordon: tiene ese nombre tatuado en el brazo.

Jack Lage alzó ambos brazos al exclamar:

—¡Gracias, buen Dios! ¡Hacía un siglo que no sabía nada de Gordon Muriel!

Pero al instante refrenó su alegría y quiso saber, tomando las manos de la muchacha:

—¿Es alto, con cabellos castaños, ojos tirando a gris y una frente muy despejada?

—Sí. También tiene una dentadura perfecta. Tan blanca como la tuya.

—Es Gordon. Sí, Gordon Muriel. El teniente que venía en mi astronave. ¡Mi amigo y copiloto!

—Le han destinado aquí, porque dijo que era especialista en cuestiones de isótopos radiactivos. Un accidente en la sala de Control causó la baja de varios obreros y necesitaban un experto para cuidarse de un sector de la Gran Pantalla.

—¿Te refieres a la que controla, por medio de los isótopos radiactivos, a todos?

—Sí, Jack.

Sin poderlo evitar, empezando a esbozar un posible plan de fuga, con el que no dejaba de soñar desde que llegó allí, Jack Lage chascó los dedos al exclamar sonriente:

—¡Vaya suerte!

—¿Por qué, Jack? Los que trabajan en la Gran Sala de Control casi nunca salen de allí.

—Pero tú le podrás llevar una nota mía, ¿verdad, Eva?

La muchachita rubia pareció dudar, al musitar fijamente a los ojos:

—¿Crees que eso lo vería bien él Comité Ejecutivo?

—¡Al diablo los del Comité Ejecutivo, Eva! ¿Es que siempre obedecéis como borregos?

—¡Ellos nos han dado la vida!

—Y ellos os la quitan cuando quieren. En realidad, lo hacen cuando les conviene.

—No digas eso, Jack.

—¿Crees que miento, Eva?

—¡Sí! Ya te he dicho que tú eres un hombre muy divertido, pero muy extraño. No te gusta estar aquí, con nosotros.

—No soy de Júpiter, nenita. ¡No he nacido ni me han «creado» aquí. Pertenezco a la Tierra. Y aunque aquél sea un mundo peor... ¡Me gusta!

—Aquí no te falta de nada; tienes tu registradora, que siempre vela por todo lo que necesitas.

—Sí, Eva. Hasta controla mis necesidades amorosas. ¡Qué asco!

—Son funciones fisiológicas normales, Jack. Y una prueba de que los del Comité Ejecutivo están en todo.

—Demasiado meticulosos, reina. Pero a mí, a los hombres como yo, no les gusta que nadie se meta en la parte íntima de su vida. ¿Comprendes?

—No, no te comprendo, Jack.

Jack Lage miró a la joven muchacha, antes de exclamar:

—¡Es desesperante! Con lo bella que eres, con lo armonioso que es tu cuerpo y lo dulce que son tus ojos, a veces pienso que sólo eres una linda pieza de relojería. ¡Funcionas sólo cuando te dan cuerda!

—¿Y eso es malo?

—No, Eva... ¡Es terrible!

—¿Por qué?

—¡Porque no tenéis libertad, diantre! ¿O es que no sabéis lo que significa eso?

—Lo sé, Jack. Aquí la libertad está en razón directa con el deber cumplido.

—¡Narices, Eva! El deber y el derecho son hermanos; su madre común es la libertad. Nacen el mismo día y crecen, se desarrollan y mueren al mismo tiempo.

—No comprendo, Jack. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que aquí no tenéis más que deberes, pero muy pocos derechos, aparte de comer y beber lo que vuestra máquina registradora os indique, trabajar y no dar un solo paso que antes no haya sido programado por ella.

Estaban sentados en el jardín común y la mano femenina acarició con dulzura los cabellos rebeldes del hombre. Y los labios de la muchacha se movieron al musitar:

—Pobre Jack. ¡Sé que sufres mucho!

Jack Lage tomó aquella manita de suave piel entre las suyas, buscando los ojos femeninos al indagar:

—¿Me ayudarás, Eva?

—¿A qué, Jack?

—¡A huir! —se retuvo, rectificándose al instante—. Mejor dicho,

a entrar en comunicación con mi amigo. Tú trabajas en ese edificio y me has dicho que puedes hablar con él. ¿No?

—Sí, Jack.

—Sólo se trata que le lleves una nota mía. Quiero enviarle un saludo.

—Si sólo es eso. Puedes pedir permiso para hablar con él. Te lo darán.

—O no.

—A veces conceden esos permisos. Yo, una vez, pude ir a la remota zona «W-2-10.111» y allí…

Jack Lage no quiso apremiar más a la muchacha, para que no entrase en recelos. Por otra parte, tampoco quiso desaprovechar la oportunidad para ampliar su información sobre las ocupaciones de Gordon Muriel, por lo que indagó sin aparente interés:

—¿Qué hay en esa zona, Eva?

—Están los hangares. Es donde debiste llegar, cuando viniste de la Tierra.

—¡Ah, sí! Ya conozco esa zona; pero como hace tanto tiempo…

Debía ser cauto hasta con la bonita Eva, pero dejó que la conversación se deslizase sobre la zona que le interesaba. También hablaron de otras cosas, hasta que, como es normal, el escozor en sus brazos empezó a avisarles que debían retirarse cada uno a su sitio.

Eva se levantó al instante como una autómata, obediente al mando al recordarle:

—Debemos retirarnos a descansar, Jack. Mi registradora me avisa.

—La mía también… ¡Condenados isótopos! ¿Es que nunca nos van a dejar tranquilos?

—Es la hora, hombre. Por eso los reactivan.

—¿Lo ves, Eva? ¿A esto tú le llamas vivir?

—Has tenido tus horas de trabajo, tu hora de comida, tu hora para pasear y charlar, ¿qué más quieres?

—Nada, Eva. Sólo desear que descanses bien.

—Siempre lo hago. La registradora sabe las horas que debo dormir. Controla mi cuerpo, mis necesidades, mi…

—¿Tu alma también, Eva?

—¿Cómo?

—Nada, preciosa. Ya sabes. ¡Tonterías mías!

—¿No vas a darme esa nota para tu amigo?

—Bueno, verás… He pensado que puedes darle mis saludos simplemente: le dices que Jack Lage está bien.

—Lo haré —sonrió con dulzura la muchacha.

Y agradecido ante su candor, tras acariciar su mejilla, el hombre rebelde añadió:

—También le dices que he tenido la suerte de encontrar una linda vecinita como tú.

—Gracias, Jack. Tu amigo también quedó impresionado al verme.

—¡Cualquiera no, encanto! Sobre todo, también debió creer que eras la doctora Nori Dawison.

—¿Esa mujer que dices que conociste?

—La misma, Eva. ¡Una de tus diez mil «hermanitas»! El escozor en sus brazos aumentaba progresivamente y era preciso obedecer.

La registradora les ordenaba descansar.

CAPITULO X

Durante el tiempo que forzosamente tenía que estar allí, Jack Lage se planteó esta disyuntiva: o se doblegaba y aceptaba las cosas tal como estaban, o se decidía a luchar con todas las potencias de su ser.

Filosóficamente, se dijo que el hombre ha nacido para vivir entre las convulsiones de la inquietud, o para vivir en la letargia del aburrimiento.

Y eligió lo primero.

Aunque casi estaba seguro que cualquier intento de sublevación le costaría la vida.

Fue su lucha una pelea sorda, tenaz, constante y sin concesiones para el abatimiento, con una idea fija en su mente: conseguir huir no sólo de aquella zona, sino de Júpiter.

En la Tierra, y en el Gobierno Central Interplanetario, debían saber lo que estaba ocurriendo allí. Los datos que con infinita cautela y paciencia iba almacenando en su mente, resultaban cada vez más alarmantes.

Otra gigantesca nave nodriza se estaba construyendo a toda máquina. Los nuevos preparativos para conseguir que Júpiter variase de órbita volvían a estar muy avanzados. Allí no sólo se pretendía la total independencia de Júpiter, sino que, por ciertas filtraciones que llegaban a sus oídos en el lugar del trabajo, en la sala de recreo y en otros sitios, la fabricación de armas desintegradoras estaba a todo ritmo: millones de hombres y mujeres, con sus brazos tatuados y sometidos a una disciplina y vigilancia férrea, trabajaban en los arsenales.

¿Se preparaba Júpiter para la guerra?

Era admisible, dado que su separación del Gobierno Central Interplanetario tendría muy posibles consecuencias.

Estas noticias se confirmaron cuando un batallón de obreros llegaron a su zona, para ampliar una de las alas del edificio donde trabajaba. Por sus distintas fisonomías, tipos y demás características

personales, Jack Lage supo que aquellos hombres, aunque habían nacido en Júpiter, no eran criaturas humanas creadas artificialmente. Los había bajos y altos, rubios y morenos, delgados y más gruesos, aunque todos ellos con la característica común de sus brazos tatuados con la purpurina cargada de isótopos radiactivos.

En el fondo, aunque a lo moderno, esclavos.

Otro dato que Jack Lage pudo almacenar en su memoria: las obras de ampliación de los laboratorios llamados Wolper se debían a que el famoso bioquímico que lo dirigía todo, tenía orden de aumentar su «producción» de criaturas humanas al máximo. Jack Lage supo que las «hornadas» se sucederían sin cesar sobre la gigantesca superficie del planeta gigante. Verdaderas oleadas de criaturas que, acelerando su crecimiento por medio de procedimientos también artificiales, en pocos años aumentarían los defensores del planeta.

Aquellas brigadas de obreros eran trasladados de unas zonas a otras y, por ello, dialogando prudentemente con unos y otros Jack se enteró de muchas cosas.

Por ejemplo, en la zona B-1-120 la fabricación de «misiles-atómicos» con diez cabezas nucleares cada uno, también se estaban acelerando. Lo mismo que la construcción de gigantescas astronaves, que pronto estarían dispuestas para largos viajes interplanetarios.

El objetivo de todo aquello, ¿era realmente la Tierra?

Aunque sus planes fueran a largo plazo, como prueba de que los del Comité Ejecutivo no se dormían fue la orden tajante de que todos debían trabajar tres horas más al día, aunque para ello los ingenieros electrónicos tuvieron que «ingeniárselas» para que las registradoras programasen para cada uno el nuevo trabajo y horario, con los consiguientes trastornos por lo que a controles médicos alimentarios y horas programadas para el reposo implicaba.

Debido a esto, cierto día hubo un tremendo barullo en el comedor general, al no ponerse de acuerdo las programadoras, y concurrir dos turnos a la vez para consumir los alimentos.

Jack se figuró lo que debió ocurrir en la Gran Sala de Control cuando en la enorme pantalla aparecieron, en el mismo lugar, doble número de obreros, estando sólo programado que debían aparecer nada más que la mitad. El escozor en los brazos de muchos de aquellos hombres empezó, paulatinamente fue aumentando hasta convertirse en dolor lacerante, cayendo al suelo muchos de ellos

sangrando abundantemente por la acción de los isótopos radiactivos que les castigaban.

Aquello fue un verdadero aquellarre.

Gritos de dolor, aullidos, histeria colectiva, lamentos y un tremendo alboroto, que obligó a los jefes de brigada a ponerse en comunicación con los más altos jefes del Comité Ejecutivo.

La medida más prudente fue desactivar la Gran Pantalla de Control, dejando sin efecto la acción de los isótopos. Jack Lage pensó que la ocasión la pintan calva y no desaprovechó un momento para sentirse libre. Libre del «policía» que llevaba incrustado en los tatuajes de sus brazos: anduvo de un lado para otro, charlando, cambiando opiniones y enterándose de muchas cosas.

Hasta perdonó su comida, olvidando por una vez las malditas órdenes que la registradora de su dormitorio le había programado para aquel día.

Quedó asombradísimo cuando supo que, más o menos sobre Júpiter vivían cerca de mil millones de seres humanos También supo que el planeta tenía veintidós grandes continentes y que éstos estaban siendo unidos a través de los «mares» por puentes que, a veces, alcanzaban los diez mil kilómetros. Y que en la parte sur, la más inhóspita de Júpiter, estaban los deportados, en un número que ya ascendían a los doscientos millones.

Doscientos millones de «esclavos» dedicados a las más rudas tareas, para producir hasta la extenuación para un mundo, una «civilización» que les rechazaba, por rebeldes a las normas dictadas por los grandes jefes del Comité Ejecutivo.

Jack Lage quedó boquiabierto cuando uno de aquellos hombres le dijo que él había sido uno de los primeros deportados a la parte sur del planeta, a los pocos años de haber aterrizado en su astronave procedente de la Tierra.

—Todo aquello es terrible —le había asegurado—. El clima es muy duro y aún la enrarecida atmósfera no ha podido ser purificada. A veces se levantan «tormentas» de gas metano y mueren muchos. Cada día se van instalando más máquinas y la técnica logra vencer muchas de las dificultades; pero en los primeros años, cuando a mí me castigaron y me deportaron allí...

—¿Cómo logró que le pasaran a esta zona, amigo? —le había preguntado.

—¡Después de treinta y dos años! —fue su respuesta.

—Ha debido sufrir usted mucho.

—¡Calcule! Y si estoy con vida, es porque soy un excelente

especialista en soldaduras autógenas. ¡Nadie ha construido más edificios que yo! Ahora soy encargado de una brigada.

—Tengo esperanzas, amigo. Algún día volverá usted a la Tierra.

—Voy a decirle una cosa, joven: lo que hace triste a la vejez no es que hayan terminado nuestros placeres, sino nuestras esperanzas. Yo ya no espero nada. ¡Nada!

Jack Lage tenía prisa por cambiar impresiones con otros y se despidió de aquel anciano. Anduvo por el amplio comedor de corro en corro. Temía que, de un momento a otro, la Gran Sala de Control volvería a funcionar Y todos volverían a sentir los efectos de los isótopos radiactivos en sus brazos. Entonces cada uno debería volver a su sitio, el desbarajuste habría terminado, y con él aquella precaria libertad que momentáneamente disfrutaban.

¡Triste destino de los hombres en Júpiter!

Eran libres cuando allí existía la desorganización.

Por un fallo técnico. Tenía su «gracia», ¿no?

Una sirena empezó a zumbar y cuando su estridente aullido terminó, los altavoces la reemplazaron al anunciar.

-¡Atención! ¡Atención! ¡Vuelva cada uno a su puesto de trabajo! ¡Tienen cinco minutos para hacerlo!

Reinó el silencio, hasta que volvió a recordar la voz más perentoriamente:

—¡SOLO CINCO MINUTOS!

Todos volvieron a obedecer como autómatas. Se sentían vigilados, como regidos y atrapados por una zarpa invisible, que la ciencia del hombre había creado para controlar y oprimir a sus semejantes.

Los malditos isótopos radiactivos.

* * *

La respuesta de Gordon Muriel también fue verbal, transmitida por los labios de la bonita Eva, que manifestó.

—Tu amigo se puso muy contento y me rogó que te saludara de su parte. Está muy satisfecho con su trabajo, en la Gran Sala de Control. Sus jefes le han felicitado, porque ayudó mucho a reparar la avería.

—Gracias, Eva.

Ni por un momento pensó que un hombre del temperamento y el temple de Gordon Muriel pudiese estar muy contento de su trabajo. Con toda seguridad se lo había dicho así a Eva, tanto como para no comprometer a la muchacha, como para no comprometerse él mismo.

Había hecho muy bien.

Era preciso ir con pies de plomo.

Confirmó esta idea a las tres jomadas, cuando Eva le entregó un papel escrito, preguntándole cándidamente:

—No entiendo lo que dice tu amigo Gordon. Intenté leerlo, pero.

Es natural, Eva. Es el idioma que ahora más suele utilizarse en la Tierra.

—¿Cuál, Jack?

—El esperanto: también se extenderá por los otros planetas.

—Aquí no: dicen que nos hemos declarado independientes y que los del Gobierno Central Interplanetario son nuestros enemigos. ¡Júpiter ya puede valerse por el solo! No queremos convertirnos en una colonia explotada por la Tierra.

—Todo eso no es más que propaganda, Eva. Cosas del Comité Ejecutivo.

—Tú siempre estás contra ellos, Jack. ¿Por qué?

Mil respuestas estuvieron a punto de subir a sus labios. Pero lo pensó mejor y calmosa se excusó:

—Perdona, Eva. Es cuestión de adaptarse. Ya lo conseguiré.

Yo te ayudaré. Me han dicho mis jefes que me darán permiso para que mi registradora me proponga un marido.

Jack Lage no pudo por menos de sonreír:

—¿Ah, sí?

—Sí, Jack: yo tendré que rellenar una cartulina, dando los datos físicos y personales del hombre que deseo elegir. La meterán en una lectora electrónica, la ficha agujereada pasará a una computadora y…

Hizo una pausa para sonreír coquetamente al añadir:

—Y como los datos serán los tuyos y la registradora nunca se equivoca, pues…

—Eres un encanto, Eva. Te me estás declarando.

—¿Tú no me elegirías a mí, Jack?

—Sí, preciosa. Nuestras cartulinas coincidirán… ¡Siempre con el permiso del Comité Ejecutivo, por supuesto!

—¿No te burlas?

—No me burlo, bonita. Nos casaremos.

—¿De verdad, Jack?

—Pero no lo haré por lo que indique la computadora.

—A veces me confundes, Jack. Nunca sé cuándo hablas en serio o en broma.

—Ahora hablo muy en serio, Eva. También pondré en mi cartulina tus datos físicos y morales. Aunque me temo que…

—¿Otro reparo?

—Bueno, nenita: tú misma me has dicho que eres de una «hornada» de diez mil «hermanitas». ¡Quién sabe si la computadora no me indicará a alguna rubita como tú, de cualquier otra zona!

—Eso no, porque te elegiré yo. Me gustas.

—Ya es algo, cariño. A ver cómo consigues decirle a la computadora que sientes eso por mí. ¡Me gustaría verlo!

—Ella leerá mi cartulina y todo saldrá bien. Y tendremos muchos hijos.

Jack Lage entornó los ojos para que la muchacha no pudiese leer en sus pupilas. Se había enterado que los seres artificialmente creados en Júpiter, si bien salían de las «hornadas» perfectos, a veces no resultaban fecundos.

En cierta ocasión, comentando todo esto con el jefe encargado del laboratorio, al hablar del proceso de la creación artificial de seres humanos, a partir de los virus producto de las combinaciones bioquímicas, le había dicho:

—En realidad, esas criaturas tan perfectas en lo físico son creadas aquí para cubrir los puestos de trabajo.

Y ahora, la ilusionada Eva soñaba con tener con él muchos hijos. Sintió una profunda pena por la muchacha: ellos lo ignoraban, pero habían sido creados con el único objetivo de servir a los planes del Comité Ejecutivo que, en todas partes y órdenes del planeta, hacían notar su poderosa presencia.

¿Pero y él? ¿No estaba también utilizando a Eva para sus comunicaciones secretas con Gordon Muriel?

CAPITULO XI

La última nota de Gordon Muriel no estaba escrita en esperanto, sino en clave.

Una clave especial, que los hombres del espacio utilizaban para los momentos de emergencia durante los largos vuelos interplanetarios. Un auténtico jeroglífico, pero que, en la intimidad de su cuarto, Jack Lage pudo ir descifrando para enterarse de su contenido.

En síntesis, Gordon le comunicaba que, en el momento deseado y gracias a su proximidad a la Gran Sala de Control, podía crear un desbarajuste como el de la jornada pasada, al objeto de que en la Gran Pantalla los componentes del Comité Ejecutivo no pudieran controlar los movimientos de los hombres destinados en aquella zona.

Aquello era muy importante.

También lo era las noticias que le daba de la doctora Nori Dawison, así como de dos de las enfermeras que habían pertenecido a su tripulación. Siempre por los movimientos de la Gran Pantalla, Gordon había llegado a saber que estaban destinadas en la zona «W-2-37», entre el personal sanitario que debía cuidar de los astronautas que adiestraban en aquella zona donde estaban instalados los gigantescos hangares, con el colosal cosmódromo principal de Júpiter, donde ellos habían aterrizado.

Con apretados signos, siempre en clave, Gordon se había esforzado en transmitirle importante información. Lo era el hecho de que en aquella zona «W-2-37» la actividad fuese realmente febril. Constantemente llegaban grupos de otras zonas, para ser sometidos a un intenso entrenamiento militar.

«Hombres extrañamente iguales», se maravillaba Gordon Muriel en su nota.

¿Es que acaso no sabía lo de la creación artificial de las criaturas humanas?

Gordon no se extendía en sus particulares condiciones de vida, para ceñirse sólo a lo que realmente podía ser importante para

ellos. Y al final añadía, con signos nerviosos, casi indescifrables:

«Prepárate, amigo Jack: he oído por aquí que los del Comité Ejecutivo pronto volverán a estar listos para desviar a Júpiter de su órbita natural. Si esta vez lo consiguen, nuestro sacrificio habrá sido en vano.»

Los últimos signos Jack Lage los tradujo por un apremiante:

«Contéstame por el conducto de siempre, Jack. ¡Estoy dispuesto a todo!»

Jack Lage llevaba más de dos minutos sufriendo el escozor en sus tatuajes de los brazos, cada vez más intenso y apremiante. Ya tenía la suficiente experiencia como para saber lo que significaba aquello: la registradora le había programado, al iniciar el día, que debía estar descansando a tales horas. El se había entretenido en descifrar el largo mensaje del amigo y ahora debía ser sumiso y acostarse.

Se tumbó en la cama, tras destruir el comprometedor mensaje, musitando al recordar las últimas palabras de Gordon Muriel:

—Yo también, Gordon. ¡También estoy dispuesto a todo!

Al levantarse y ponerse ante la registradora, la voz opaca e impersonal le anunció:

—Hoy no irás al trabajo, Jack.

Alarmado, aunque esforzándose por reprimir su tono, indagó:

—¿Có...cómo?

—Tienes siete minutos para ducharte, tres para vestirte, cinco para tomar el desayuno programado que puedes leer en la tablilla, tres para salir y esperar la llegada del «Air-Craft» que te llevará hasta el edificio 22, y cinco minutos más para entrar, tomar el elevador, llegar al piso vigésimo quinto y presentarte al ciudadano de primera Durenko.

El circuito seguía funcionando, ya que el parpadeo de las luces así lo anunciaba. Jack permaneció frente a su registradora, pese al silencio de la voz, que al poco volvió a ordenar:

—El resto de la programación queda en suspenso, hasta ver la resolución del ciudadano de primera Durenko.

Y tras el breve silencio, el anuncio cotidiano:

—Empieza a contar la programación, Jack.

Las luces se apagaron, pero lo que empezó a funcionar con celeridad fue el cerebro del hombre apremiado.

«Prescindiré de la ducha y me vestiré velozmente —pensó—. Debo ganar unos minutos para escribir un mensaje para Gordon y enviárselo por Eva.»

Febrilmente, empezó el mensaje para el amigo, utilizando la

misma clave. Cuando minutos después vio acercarse al gigantesco «Air-Craft» deslizándose sobre un colchón de aire, sin fijarse en los mil quinientos obreros que el ingenioso vehículo transportaba, alzó la mano para desear de todo corazón a Eva:

—¡Feliz jomada, cariño!

Ignoraba si volvería a ver a la bonita y dulce muchacha rubia.

Como ignoraba por qué tenía que presentarse ante el ciudadano de primera Durenko.

No tuvo que decirle nada al conductor, que también había iniciado su jomada con la debida programación y que, por lo tanto, sabía que a él debía dejarle frente al edificio 22, en una parada desusada.

En efecto: la gigantesca plataforma quedó inmovilizada a diez centímetros del suelo, frente al edificio 22, anunciando la voz del conductor:

—Te quedas aquí, Jack.

—Lo sé. ¡Buena jomada, amigo!

Nadie le deseó lo mismo a él. ¡Y eso que lo necesitaba!

* * *

El ciudadano Durenko era un hombre de anchas espaldas, formidables mandíbulas cuadradas y manos de oso, muy velludas. Cruzaba los dedos de sus manos con frecuencia, aunque su voz resultó algo aflautada, en marcado contraste con su corpulencia.

—Jack, zona «H-l-3.000» —se anunció.

—Veamos, Jack. Vas a ser trasladado a la parte sur del planeta.

Jack Lage, con un leve estremecimiento de hombros, pensó en los doscientos millones de deportados a aquella inhóspita zona. Pero su voz sonó serena al admitir:

—Sí, ciudadano Durenko.

—Se te acusa de trabajar distraído, de poner poco interés en tus obligaciones. De hacer excesivas preguntas.

—Lo siento, ciudadano Durenko.

—Todo eso son faltas, anotadas en tu registro, Jack. Y si tenemos en cuenta que ya una vez se te perdonó la vida por lo que hiciste... Fuimos clementes pensando que más vale un reo vivo que muerto. Pero si no pones más interés, nosotros...

El silencio se fue prolongando.

Jack Lage esperaba la sentencia y sabía que sería inapelable.

Mentalmente calculó que Gordon Muriel ya habría recibido de manos de Eva su mensaje, y entonces hizo lo que menos esperaba el ciudadano de primera Durenko, que seguía encastillado tras su

monumental mesa de trabajo.

Avanzó unos pasos, puso ambas manos apoyadas en la mesa e, inclinándose mucho hacia el asombrado personaje, con la cólera largo tiempo contenida le anunció:

—¡Tienes cara de cerdo, ciudadano!

—¿Eh? ¿Qué... qué has dicho? ¿Có...cómo te atreves?

El dueño de aquel despacho se levantó, demostrando que era casi tan alto como Jack Lage, que no esperó que la mano derecha de aquel hombre fuera a buscar la pistola desintegradora que lucía en la cadera.

Mucho antes llegó su puño, proyectado con furia sobre aquella cuadrada mandíbula, arrojándola contra el suelo al arrastrar el sillón.

Al instante saltó sobre él, aunque el forcejeo resultó breve. Jack Lage tenía buenos puños y le bastó un nuevo golpe para enviar al país de los sueños al hombre que había pronunciado su sentencia. Le quitó el arma, buscó sobre el verdoso uniforme y cuando empezaba a recuperarse ordenó tajante:

—¡Arriba, ciudadano! Vamos a dar un largo paseo.

Durenko gruñó, sentado en el suelo:

—¡Es una estupidez! En la pantalla de control sabrán lo que haces.

—Error, «amigo». Mi misma registradora me ha dicho que en esta jornada estoy fuera de control. La programación quedó consignada hasta llegar aquí, a tu despacho; en espera de que el ciudadano Durenko determinase lo que fuese. ¿Estamos?

Aquel hombre quiso ganar ventaja al advertir:

—Cierto: no te molestarán tus isótopos radiactivos. Pero en Control esperan mi llamada.

—Llamarás ahora mismo. ¿O prefieres que...?

—¡No! ¡Espera! No dispares...

Un arma desintegradora tampoco tiene apelación posible. Y el corpulento ciudadano Durenko no tenía ganas de verse convertido en átomos imposibles de identificar. Los ojos del hombre que empuñaba su pistola reflejaban toda la loca desesperación de un ser llevado al límite. Y como ya no podía elegir tras haber dado aquel paso...

O mataba, o moría.

—Llama, ciudadano —aún apremió.

Astutamente, Durenko se situó ante la pantalla del visófono de forma que pudiera verse al otro lado de la comunicación su cintura desarmada. Su gesto era huraño y ceñudo, pero el hombre que le

amenazaba indicó:

—Acércate de forma que sólo vean tu cara de cerdo. Y sonríe. Sonríe con soltura o…

La cuadrada mandíbula se distendió en una mueca que pretendía ser sonrisa, para anunciar, al quedar establecida la comunicación:

—Voy a conducir personalmente a Jack, «H-l-3.600», control.

Desde un lateral, fuera del enfoque de la pantalla, pero pudiendo observar lo que se reflejaba en ella, Jack distinguió el rostro de un tipo delgado que a su vez dijo:

—Espera, Durenko: aquí hay otro que será deportado a la zona Sur. Se trata de Gordon, «H-13-3.711».

—Bien, espero.

La comunicación quedó cortada y Durenko se sentó sudando. Al instante tuvo que levantarse ante el movimiento significativo de aquella mano armada, que no le dejaba de apuntar. Y la voz de aquel hombre ordenó:

—Iremos nosotros por Gordon Muriel. Saldremos a su encuentro.

—¿Cómo?

—¿Estás sordo, ciudadano? Lo haremos con tranquilidad y sin despertar sospechas, caminando pausadamente, como dos buenos amigos. ¿Dispones de vehículo?

Como si hubiese sido una gran ofensa dudarlo, la mandíbula cuadrada se alzó al confirmar:

—¡Por supuesto! ¡Soy un ciudadano de primera!

—Pues de nada te servirá si cometes la menor tontería. ¡Andando!

La suerte estaba echada.

CAPITULO XII

No resultó difícil salir del edificio 22, pero sí avanzar por las anchas calles.

Durenko miró aquel desbarajuste, con ojos saltones, al oír que le musitaba el hombre que caminaba junto a él:

—No es nada, ciudadano, una simple «avería» en la Gran Sala de Control

—Pero todos esos estúpidos... ¿Dónde van? ¿Qué hacen?

—Sin gritar, amigo. El más leve gesto y te volatizas.

Conducido por el propio Durenko, el vehículo se deslizaba a dos palmos del suelo, teniendo que sortear los grupos que salían de varios edificios para confluir en la calzada principal. Jack jamás había conducido uno de aquellos «Air- Craft», pero fijándose en los mandos preguntó:

—¿Estos chismes no pueden elevarse más?

—Sí.

—¡Pues arriba! Iremos más rápidos y seguros.

Recordó las charlas con Eva y le obligó a tomar la dirección sur de la zona. La orden era llegar cerca del edificio de Control, en donde esperaba encontrar a Gordon Muriel, libre también de los malditos isótopos al haber producido la avería en la gran pantalla.

Prácticamente, como ya había ocurrido la otra vez, toda la zona estaría descontrolada. Eran los momentos que ellos debían aprovechar para, como fuera, trasladarse a la vecina zona de «W-2-37», al objeto de luchar con uñas y dientes para conseguir llegar a alguna de las muchas astronaves situadas en el gigantesco cosmódromo.

El resto sería cuestión de suerte.

Y de audacia, por supuesto.

Mientras volaban a media altura, Jack Lage se fijó en todo aquel desorden que para él se traducía en una cosa: los obreros, así que se veían fuera del riguroso control, aunque de forma pacífica, demostraban su disconformidad.

No es que se alborotasen, pensando en una seria sublevación. El

Comité Ejecutivo disponía de armas muy poderosas para reprimir cualquier intento serio. Pero se conformaban con abandonar sus puestos de trabajo, con andar por las calles y dialogar entre ellos en grupos, ansiosos de disfrutar de unos momentos de libertad relativa, que les servía de gran desahogo.

Por su parte, las autoridades tampoco cometían la equivocación de emplear toda su fuerza, por una simple avería que consideraban casual, como la que no hacía mucho había ocurrido. Todo volvería a la normalidad y no había por qué agravar las cosas.

Además: ¿adónde podían ir todos aquellos hombres marcados? ¿Qué posibilidades de escapatoria tenían?

Ninguna.

Que al perro, a veces, es conveniente darle soga para que él mismo no se ahorque.

Con la pistola sobre el costado del conductor, Jack Lage quiso saber:

—¿Cuál es el edificio de Control?

—Aquél, el más alto.

—Hacia él. Pero desciende antes de llegar. Tenemos que recoger a un amigo.

—Es una locura. ¡No podréis escapar!

—Más locura es la vuestra, y lo estáis intentando. ¡La Tierra debe saber todo lo que está ocurriendo aquí!

—La Tierra está muy lejos. ¡Nada podrá contra nosotros!

—El Gobierno Central Interplanetario ¡sí!

—¡Júpiter es fuerte! ¡Inexpugnable!

—Eso ya lo veremos.

—Lo viejo y caduco debe morir, en favor de lo nuevo y lo que representa la esperanza.

—¿Qué esperanza representáis vosotros, borrachos de poder?

—Cambiaremos la órbita de Júpiter. ¡Será el planeta mejor dotado!

—¿A costa de destruir los asteroides, Marte y posiblemente la Tierra?

—¿Y eso qué importa? Una nueva raza humana supervivirá en Júpiter.

—No te esfuerces, ciudadano. ¡No lograrás convencerme!

En aquella parte de la zona también se notaba que no reinaba el orden acostumbrado. Todo sistema, por más férreo que resulte, tarde o temprano tiene su fallo, y el del Comité Ejecutivo radicaba en que, fiados en forma absoluta de su «policía» de isótopos radiactivos, prácticamente casi no tenían necesidad de emplear

vigilantes.

Desde media altura, Jack Lage descubrió a un hombre que agitaba los brazos ante un grupo de curiosos que se iban engrosando. Acicó sus pupilas y, más que su vista, le guió el corazón al indicar, presionando con el arma que empuñaba:

—¡Allí! ¡Baja, baja despacio!

El vehículo fue descendiendo suavemente y la gente fue apartándose. El mismo Gordon Muriel caminó para evitar lo que consideraba el repugnante contacto o proximidad con uno de los ciudadanos de primera que, seguramente, bien armado y llevando su escolta, intentaría conducirle a su puesto de trabajo.

Pero se vio sorprendido al oír una voz amiga que le llamaba:

—¡Gordon! ¡Gordon! ¡Corre hacia aquí, pronto! Al instante le gruñó al conductor del vehículo:

—Una sola palabra de protesta ¡y te fulmino!

Era de temer que, aunque medio esclavos, puesto a elegir, al menos los que habían nacido en Júpiter no dudarían en atacarles, si descubrían que ellos pertenecían a la Tierra, a la que, por la propaganda masiva de los últimos tiempos, hasta la ingenua Eva consideraba su enemiga.

El pequeño «Air-Craft» no llegó a rozar el suelo, cuando ya Gordon Muriel estaba sobre su plataforma, con los ojos desorbitados mirando a los dos hombres que le ocupaban. Por la posición de la mano de Jack Lage, apenas alcanzó a ver el arma que empuñaba el amigo, pero comprendiendo al instante aceptó:

—Bien, mi comandante. Y ahora ¿adónde? ¿O es que piensas llegar en este «chisme» a la Tierra?

—Hay magníficas astronaves en la otra zona, Gordon.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Me gustaría intentar rescatar también a Nori y…

—¡Olvídala! —opinó el joven amigo—. Es de las que acepta sumisamente este estado de cosas.

—¿Estás seguro de eso, Gordon?

—¡Totalmente! Ha nacido aquí y defiende a Júpiter y a todo su condenado Comité Ejecutivo.

—La doctora Dawison siempre será de los nuestros —intervino con cierto orgullo el ciudadano Durenko.

—Tú a conducir y cierra el pico. ¡Arriba otra vez!

La zona poblada empezó a quedar atrás, para sobrevolar sobre una montaña de singulares formas. El cielo verdoso le hacía despedir destellos y, sin dejar de conducir, Durenko les anunció:

—¡Ahí tenéis! Esa simple montaña vale más que todo vuestro

gastado planeta, ya viejo y caduco, incapaz de alimentar a todos sus hijos.

—¿Qué tiene esa montaña?

—Uranio. Casi puro.

Los labios de Jack Lage se contrajeron al observar, desde la altura, las peñadas rocas que brillaban; pero desechó:

—¡Bah! Prefiero una montaña con árboles y pinos. Con alguna alegre liebre y un fresco riachuelo donde se pueda pescar.

En la lejanía, y debido a la altura tanto como a sus colosales proporciones, empezaron a dibujarse las pistas del gigantesco astródromo. Durenko deseaba seguir directamente hacia él, pero astutamente la mano armada de Jack Lage presionó sobre su costado, ordenando:

—No te pases de listo, ciudadano. Si nos ven llegar, se interesarán por nosotros, y no es precisamente lo que queremos.

—Buscáis una astronave, ¿no?

—Sí, pero la conseguiremos sin escándalo. Desciende mucho antes de llegar, y nos acercaremos conduciendo a ras de suelo.

Jack Lage clavó la vista en los altos edificios que ya empezaban a brotar del suelo al acortarse la distancia y pensó en voz alta:

—Me gustaría poder llevarnos al resto de nuestra escuadrilla, Gordon.

—Eso es imposible, Jack. Sólo intentarlo sería una locura.

—Cierto, amigo. Y además, tenemos algo muy importante que hacer.

—¡Huir! —dijo Durenko.

—De momento sí; pero ya volveremos aquí. ¡Y con la debida escolta!

—¡Lucharemos!

—Os tocará perder, ciudadano.

—Ya lo veremos, par de locos.

No resultó difícil, porque la sorpresa siempre es uno de los factores más importantes.

Por otra parte, ¿quién podía esperar que tres hombres se acercasen a una de las poderosas astronaves alineadas sin que en la pantalla de Control se reflejase?

Y si lo hacían ¿es que no estaban autorizados?

Lo que nadie llegó a sospechar fue que, si dos de aquellos tres hombres lucían sus tatuajes en sus brazos con isótopos radiactivos, estaban fuera de control en aquella zona, por la sencilla razón de que habían llegado volando de la otra.

Y en cuanto al otro, ¿acaso no lucía su bonito uniforme verdoso

de ciudadano de primera?

La fuga fue posible gracias a la pericia de Jack Lage, secundado por su copiloto Gordon Muriel. La astronave partió como un cohete emprendiendo el largo viaje.

Cuando llegasen a la Tierra, el Gobierno Central Interplanetario sabría lo que tendría que hacer. El mismo Durenko les serviría de testigo y tendría que declarar muchas cosas.

Atrás quedaba un mundo extraño que, anhelando poderío y dominio, sacrificaba a sus habitantes el mejor don de los hombres.

¡La libertad!

Tiempo después, durante su merecido descanso y mirando al cielo estrellado de una bella noche californiana, Jack Lage clavó sus ojos soñadores en el infinito y preguntó al amigo:

—Si no llegan a tiempo, es posible que no tarde en estallar la primera guerra interplanetaria, Gordon.

—Júpiter se rendirá. Pero aunque haya esa guerra, el mundo no se terminará por eso, Jack.

—Tienes razón, Gordon. Antes, en la Antigüedad, una tribu luchaba contra otra. Más tarde, un pueblo contra otro pueblo, una nación contra su vecina rival. Luego lucharon los imperios, los continentes... Llegaron las guerras mundiales. Casi estalla una guerra atómica y ahora...

—Ahora, la lucha será a escala planetaria, Jack.

—¿Es que siempre tiene que ser igual?

—Siempre, Jack. Por lo menos, hasta que la raza humana se eleve sobre sí misma y vea claro su destino.

—¿Cuándo será eso, Gordon?

—Cuando el hombre se acerque más a Dios.

Los dos amigos siguieron mirando al cielo estrellado, en donde las eternas luminarias de los astros parecían hacerle guiños, como invitándoles a llegar hasta ellos.

¿Será cierto que las estrellas nos esperan...?

FIN

Colección DOBLE JUEGO

Editorial Ceres le ofrece la colección de novelas DOBLE JUEGO, que es única en su género. Los mejores autores le brindan temas apasionantes mostrando que el deporte es nobleza e idealismo, pero que en él caben también la violencia, la sangre y la corrupción.

TITULOS PUBLICADOS

1. EL TRASPASO, Alex Simmons
2. LA GLORIA O LA MUERTE, Lou Carrigan
3. EL DOBLE ROSTRO DEL DEPORTE, Rocco Sarto
4. DERBY, Curtis Garland
5. CARRERA HACIA LA MUERTE, Alan Parker
6. CAMINO A LA OLIMPIADA, Alex Simmons
7. CON LOS GUANTES POR DELANTE, Joseph Berna
8. EL DESAFIO, Rocco Sarto
9. DROGAS Y... ¡GOL!, Alan Parker
10. EL MAKIMONO, Lou Carrigan
11. A BRAZO PARTIDO, Lucky Marty
12. ¡EN GUARDIA!, Alex Simmons
13. DUELO ENTRE DELFINES, Joseph Berna
14. TIRADORES DE ELITE, Lou Carrigan
15. CON LA MUERTE EN LOS PUÑOS, Sven Martz
16. LA GRAN JUGADA, Lucky Marty
17. EL ALIENTO DEL KIAI, Lou Carrigan
18. COMPETENCIA MORTAL, Rocco Sarto
19. ¡RIVALES EN LA DELANTERA!, Alex Simmons

20. EL TESTIGO, Elliot Dooley
21. SU PRIMER TONGO, Lucky Marty
22. CADA HOYO UN MUERTO, Alan Parker
23. PARIS-DAKAR, RAILLY DE LA MUERTE, Curtis Garland
24. MATCH-BALL, Lou Carrigan
25. JUEGO SUCIO, Alex Simmons
26. CARNE DE RING, Lucky Marty
27. INMERSION PELIGROSA, Red Walker
28. LA PAREJA INVENCIBLE, Joseph Berna
29. EL ULTIMO TANTO, Alex Simmons

TITULOS DE PROXIMA APARICION

30. EL TOUR DE LA DROGA, Alan Parker
31. ¡PENALTY!, Curtis Garland
32. ¡A TODO GAS!, Lucky Marty
33. LA FLECHA HUMANA, Joseph Berna
34. DOPPING, Elliot Dooley
35. GOLPE A TRAICION, Alex Simmons
36. EL BOLIDO ROJO, Burton Hare
37. PANICO EN LA CANCHA, Adolf Quibus
38. LA RAQUETA DE ORO, Joseph Berna
39. POQUER DE ASES, Lucky Marty

---

2 ¡TREPIDANTES COLECCIONES SEMANALES!

HEROES DEL ESPACIO

Fascinantes relatos de CIENCIA FICCION





apasionantes relatos bélicos

ISBN 84-85626-56-7



EDICIONES CERES, S.A.

Apartado de Correos,
9.142 Barcelona

Precio en España
60 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain